

# EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

## LOS NIÑOS GRANDES,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA.

MADRID.

OFICINAS DE PEZ, 40, 2.º

1871.

# CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LIRICAS DE LA GALERIA

## EL TEATRO.

Al cabo de los años mil.  
Amor de antesala.  
Abelardo y Eloísa.  
Abnegación y nobleza.  
Ángela.  
Afectos de odio y amor.  
Arcanos del alma.  
Amar después de la muerte.  
Al mejor cazador.  
Achaque quieren las cosas.  
Amor es sueño.  
A caza de cervos.  
A caza de herencias.  
Amor, poder y pelucas.  
Amar por señas.  
A falla de pan...  
Arfiento por artificio.  
Aventuras imperiales.  
Achaques matrimoniales.  
Andarse por las ramas.  
A pan y agua.  
Al Africa.  
Ómnino viaje.  
Boadicea, *drama heróico*  
Batalla de reinas.  
Berla la damenca.  
Barometro conyugal.  
Bienes mal adquiridos.  
Bien venga mal si vienes solo  
Condades y desventuras.  
Corregir al que yerra.  
Cañizares y Guevara.  
Cosas suyas.  
Calamidades.  
Como dos gotas de agua.  
Cuatro agravios y ninguno  
Como se empuen un marido!  
Con razon y sin razon,  
Como se rompen palabras.  
Conspirar con buena suerte.  
Chismes, parientes y amigos.  
Con el diablo á cuchilladas.  
Costumbres políticas.  
Contraste.s.  
Catilina.  
Cárlos IX y los Hugonotes.  
Carnioli.  
Candido.  
Caprichos del corazon.  
Con canas y polleando.  
Culpa y castigo.  
Crisis matrimonial.  
Crisólbal Colon.  
Corregir al que yerra.  
Clementina.  
Con la música á otra parte.  
Dara y cruz.  
Dos sobrinos contra un tío.  
D. Primo Segundo y Quint.  
Deudas de la conciencia.  
Don Sancho el Bravo.  
Don Bernardo de Cabrera.  
Dos artistas.  
Diana de San Roman.  
D. Tomas.  
De audaces es la fortuna.  
Dos hijos siu padre.  
Dónde menos se piensa.  
D. José, Pepe y Pepito.  
Dos mirlos blancos.  
Deudas de la honr.  
De la mano á la boca.  
Doble emboscada.  
El amor y la moda.  
Está local

En mangas de camisa.  
El que no cae... resbala.  
El niño perdido.  
El querer y el rascar...  
El hombre negro.  
El fin de la novela.  
El filántropo.  
El hijo de tres padres.  
El último vals de Weber.  
El hongo y el mirinaque.  
¡Es una malva!  
Echar por el atajo.  
El clavo de los maridos.  
El oncenno no eslorbar.  
El anillo del Rey.  
El caballero feudal.  
¡Es un ángel!  
El 5 de agosto.  
El escondido y la tapada.  
El licenciado Vidriera.  
¡En crisis!  
El Justicia de Aragon.  
El Monarca y el Judío.  
El rico y el pobre.  
El beso de Judas.  
El alma del Rey Garcia.  
El afán de tener novio.  
El juicio público.  
El sitio de Sebastopol.  
El todo por el todo.  
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.  
El que les da las toma.  
El camino de presidio.  
El honor y el dinero.  
El payaso  
Este cuarlo se alquila.  
Esposa y martir.  
El pan de cada dia.  
El mestizo.  
El diablo en Amberes.  
El ciego.  
El prolegido de las nubes.  
El marqués y el marquesito.  
El reloj de San Plácido.  
El bello ideal.  
El castigo de una falta.  
El estudianto español en las costas africanas.  
El conde de Montecristo.  
Elena, ó hermana y rival.  
Esperanza.  
El grito de la conciencia.  
¡El autor! ¡El autor!  
El enemigo en casa.  
El último pichon.  
El tilerato por fuerza.  
El alma en un hilo.  
El alcalde de Pedroñeras.  
Egoismo y honradez.  
El honor de la familia.  
El hijo del ahorcado.  
El dinero.  
El jorobado.  
El Diablo.  
El Arte de ser feliz.  
El que no la corre antes...  
El loco por fuerza.  
El soplo del diablo.  
El pastelero de Paris.  
Furor parlamentario.  
Falta juveniles.  
Francisco Pizarro.  
Fé en Dios.  
Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el

ahijado de todo el mundo  
Genio y figura.  
Historia china.  
Hacer cuenta sin la huéspita  
Herencia de lágrimas.  
Instintos de Alarcon.  
Indicios vehemientes.  
Isabel de Medicis.  
Injustones de la vida.  
Imperfecciones.  
Intrigas de tocador.  
Injustones de la vida.  
Jaime el Barbudo.  
Juan Sin Tierra.  
Juan sin Pena.  
Jorge el artesano.  
Juan Diente.  
Los nerviosos.  
Los amantes de Chinchón  
Lo mejor de los dados...  
Los dos sargentos español  
Los dos inseparables.  
La pesadilla de un casero  
La hija del rey Rene.  
Los extremos.  
Los dedos huéspedes.  
Los éxtasis.  
La posdata de una carta.  
La mosquitita muerta.  
La hidrolobia.  
La cuenta del zapatero  
Los quid pro quos.  
La Torre de Londres.  
Los amantes de Teruel.  
La verdad en el espejo.  
La banda de la Condesa  
La esposa de Sancho el Em  
La boda de Quevedo.  
La Creacion y el Diluvio.  
La gloria del arte.  
La Gitanilla de Madrid  
La Madre de San Fernando  
Las flores de Don Juan.  
Las apariencias.  
Las guerras civiles.  
Lecciones de amor.  
Los maridos.  
La lápida mortuoria.  
La boisa y el bolsillo.  
La libertad de Florencia.  
La Archiduquesita.  
La escuela de los amigos.  
La escuela de los perdidos  
La escala del poder.  
Las cuatro estaciones.  
La Providencia.  
Los tres banqueros.  
Las buerfanas de la Carlota  
La niña Iris.  
La dicha en el bien ajeno.  
La mujer del pueblo.  
Las bodas de Canicabo.  
La cruz del misterio.  
Los pobres de Madrid.  
La planta exótica.  
Las mujeres.  
La union española.  
Las dos pichonas.  
La pichona de Castilla  
La pichona de Castilla  
La pichona de la Montero.  
Los pecados de los padres.  
Los inbiles.  
Los moros del Riff.

**LOS NIÑOS GRANDES.**

## OBRAS DEL MISMO AUTOR.

---

- CORREGIR AL QUE YERRA. . . Comedia en un acto, original  
en verso.
- EL ONCENO NO ESTORBAR. . . Id. en un acto, id. id.
- LA ESCALA DEL MATRIMONIO.. Id. en tres actos, id. id.
- CANDIDITO. (Segunda edicion.) Id. en un acto, id. id.
- NO LO QUIERO SABER.. . . . Id. en un acto, id. id.
- ¡POBRES MUJERES! (Tercera  
edicion.) . . . . . Id. en un acto, id. id.
- EL PIANO PARLANTE. . . . . Id. en tres actos, id. id.
- EL SUEÑO DE UN SOLTERO. . . Id. en un acto, id. id.
- MONEDA CORRIENTE. . . . . Id. en tres actos, id. id.
- CUESTION DE FORMA. . . . . Id. en tres actos, id. id.
- EL JUGADOR DE MANOS. . . . Comedia en tres actos arre-  
glada del francés.
- LAS CIRCUNSTANCIAS. . . . . Id. en tres actos y en prosa,  
original.
- LA CHISMOSA. . . . . Id. en tres actos y en verso,  
original.
- LA LEVITA. (Segunda edicion.) Id. en tres actos, en prosa,  
original.
- DON RAMON Y EL SEÑOR  
RAMON. . . . . Id. en tres actos, en prosa,  
original.
- LA CAN-CANOMANÍA. . . . . Sátira en un acto.
- LOS NIÑOS GRRNDES. . . . . Comedio en tres actos, en pro-  
sa, original.

# LOS NIÑOS GRANDES,

---

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

**DON ENRIQUE GASPAS.**

Representada con extraordinario éxito en el Teatro del Circo el 24 de  
Octubre de 1871.

---

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 19.  
1871.

## PERSONAJES.

GUADALUPE. ....  
 LA CONDESA. ....  
 LUISA. ....  
 ROSITA. ....  
 NIÑA 1.<sup>a</sup>. ....  
 NIÑA 2.<sup>a</sup>. ....  
 SEÑORA 1.<sup>a</sup>. ....  
 SEÑORA 2.<sup>a</sup>. ....  
 SEÑORA 3.<sup>a</sup>. ....  
 SEÑORA 4.<sup>a</sup>. ....  
 FELIPE. ....  
 LEON. ....  
 GONZALEZ. ....  
 EL CONDE. ....  
 ZACARÍAS. ....  
 RAMONCITO. ....  
 ADOLFITO. ....  
 NIÑO 1.<sup>o</sup>. ....  
 NIÑO 2.<sup>o</sup>. ....  
 CABALLERO 1.<sup>o</sup>. ....  
 CABALLERO 2.<sup>o</sup>. ....  
 CABALLERO 3.<sup>o</sup>. ....  
 UN CRIADO. ....  
 Señoras, Caballeros y criados,

## ACTORES.

DOÑA MATILDE DIEZ.  
 MARIANA CHAFINO.  
 DOLORES MARTINEZ.  
 ANTONIA GARCÍA.  
 JULIA ROYO.  
 CLOTILDE ROMERO.  
 PIA NAVARRO.  
 ANA VARELA.  
 BALBINA PRADA.  
 MATILDE TABELA.  
 DON MANUEL CATALINA.  
 MANUEL PASTRANA.  
 JUAN CASAÑER.  
 FLORENCIO ROMEA.  
 CIPRIANO MARTINEZ.  
 ENRIQUE ROYO.  
 ANTONIO POVEDANO.  
 VICENTE ROYO.  
 ADOLFO CEBRIAN.  
 JULIAN ROMEA.  
 RAMON MENOR.  
 FERNANDO VIÑAS.  
 JULIAN CASTRO.

---

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los Comisionados de las Galerías Dramáticas y Líricas de los Sres. *Gullon é Hidalgo*, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representación y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL SEÑOR D. LUIS MOLINI.

Muy señor mio y amigo: Pequeña es la ofrenda para la gran deuda de gratitud que tengo contraída con usted; pero así y todo le suplico que la acepte como la expresión de mi reconocimiento y de mi amistad.

*Enrique Gaspar.*

Atenas 18/30 de Octubre de 1871.



Digitized by the Internet Archive  
in 2012 with funding from  
University of North Carolina at Chapel Hill



---

---

## ACTO PRIMERO.

---

Un elegante gabinete de confianza en casa de Felipe.

### ESCENA PRIMERA.

FELIPE y GUADALUPE.

- FELIPE. ¿Aún no han traído al chico del colegio?
- GUAD. No, pero pronto le traerán, porque hace más de una hora que mandé por él.
- FELIPE. Se habrá entretenido jugando con su amigo Adolfo. No he visto cariño más acendrado que el que los dos se profesan: parecen Píldas y Orestes.
- GUAD. Nuestro Ramon le quiere con idolatría.
- FELIPE. La verdad es que Adolfito es un muchacho muy juicioso; de mucho talento y con una aplicación nada común en su edad.
- GUAD. ¿Creo que es él quien toma las lecciones á los demás niños?
- FELIPE. Sí, es tomador de una de las secciones; me parece que de la de Ramon.
- GUAD. Justo, porque me ha dicho que Adolfo le habia puesto *bien* todos los días, y que con las notas de hoy, que también serian buenas, se llevaria una de las medallas de fin de mes.

- FELIPE. ¡Vamos! Pues eso explica su tardanza: estará saboreando el triunfo. Siento con todo que le hagan objeto de ninguna distincion.
- GUAD. Y ¿por qué?
- FELIPE. Porque no las merece. El otro, llevado de su amistad, habrá hecho la vista gorda al tomarle las lecciones sin calcular que con ello más le perjudica que le favorece.
- GUAD. ¡Hombre, no!
- FELIPE. ¡Mujer, sí! Nuestro hijo tiene muy poquita inteligencia, pero en cambio es muy desapicado.
- GUAD. Calla, calla, Felipe; eres lo más exigente... ¿Qué problemas quieres que te resuelva el chico á los ocho años?
- FELIPE. Á los ocho años se es casi un hombre.
- GUAD. Sí, un padre de familia.
- FELIPE. Tanto no diré; pero á su edad ya fumaba yo.
- GUAD. Lo creo.
- FELIPE. Y sobre todo, que bastante mal criado está con nuestros mimos, y no me haria gracia que me le engriesen.
- GUAD. Al contrario, eso le estimulará.
- FELIPE. Mire usted qué saca con llevar ahí un colgajo que no ha merecido...
- GUAD. Lo que sacais los hombres colgándoos una cruz para tapar muchas veces vuestras miserias.
- FELIPE. Eso sabes que no reza conmigo, porque no tengo ninguna.
- GUAD. ¡Bastante lo sientes!
- FELIPE. Lo siento... lo siento... porque vivimos en un país donde el trabajo se queda siempre sin recompensa. He presentado al Museo Arqueológico una coleccion de vasos etruscos acompañada de una eruditísima memoria, y ni las gracias se me han dado.
- GUAD. Desengáñate, al hombre que lleva una distincion nadie le pregunta el origen; pero todos le rinden acatamiento.
- FELIPE. Pues lo que es yo, Guadalupe, sin haberla merecido...
- GUAD. ¡No me vengas con hipocresías! Ya te juzgas acreedor á una condecoracion por un donativo de cacharros que compraste á un alfarero de Tarragona por veinticinco

reales y que quieres hacer pasar como producto de excavaciones hechas en Roma.

FELIPE. Porque de tal procedencia las creo, según lo consigno en la memoria. ¡Y la memoria! vamos á ver, también crees que se la he comprado á un alfarero?

GUAD. Lo que yo te digo es que todos tenemos nuestra dosis de vanidad, y que á nadie le gusta que los demás le pongan el pie encima. Sobre todo, las mujeres nos pagamos mucho de las exterioridades.

FELIPE. (Sin duda por eso está Luisa tan desdeñosa conmigo!...) No, si á mí me seduce, ya lo creo; se le mira á uno con más consideración, y...

GUAD. Ahora, por ejemplo; estamos invitados para el baile de niños que da el jueves ese banquero amigo nuestro, Mr. Lambert; pues maldito si tengo ganas de asistir.

FELIPE. Pero hay que llevar á Ramoncito...

GUAD. Me parece que le llevarás tú.

FELIPE. ¡Mujer! ¡mujer!...

GUAD. ¡Qué quieres! No lo puedo remediar. Cuando entro en ese salón se me cae la cara de vergüenza al ver que todas las señoras, excepto yo, tienen á sus maridos condecorados.

FELIPE. No, pues mira, eso... eso... no es tan denigrante como tú crees...

## ESCENA II.

DICHOS y RAMONCITO, que muy cariacontecido avanza desde el foro con mucha lentitud.

RAMON. Buenas tardes.

GUAD. ¡Ah! El niño.

FELIPE. ¿Qué es eso, hombre? ¿Qué traes que vienes tan mustio?

RAMON. Nada.

GUAD. Pero, hijo, tú que siempre entras saltando.... ¿Qué te ha sucedido?

RAMON. Nada.

GUAD. ¿Te han pegado en el colegio?

- RAMON. No.
- FELIPE. Pero, hombre, habla; no seas cernícalo.
- GUAD. Déjale que no lo diga; con no llevarle el jueves al baile está todo concluido.
- RAMON. Tampoco quiero yo ir.
- FELIPE. ¿Estás malo?
- RAMON. Sí.
- GUAD. ¿Qué te duele?
- RAMON. Nada.
- FELIPE. Le arrimaba un cachete de más buena gana...
- GUAD. (Á Felipe.) ¡Deja, hombre. (Al niño.) ¿Quieres que mandemos por Adolfito para que juguéis los dos?
- RAMON. No; ya no me junto con él.
- GUAD. ¡Cómo!
- FELIPE. ¿Con tu amigo predilecto?
- RAMON. (Estallando.) ¡Es un pillo!
- FELIPE y GUAD. ¡Muchacho!
- RAMON. (Muy de prisa.) Sí, señor, es un pillo, es un pillo, es un pillo...
- FELIPE. ¡Pero eso es una inconsecuencia muy grande! Esta mañana no había más Dios para tí que Adolfito y ahora le llenas de improperios.
- RAMON. ¡Roñoso! Despues que todos los dias le llevo la batata en dulce que me dais de postre para que me ponga *bien*.
- FELIPE. (Á Guadalupe.) Ya vamos sacando el hilo.
- GUAD. Pues ¿no estabas tan contento con tu tomador?
- RAMON. ¡Tomador! Sí, tomador del dos.
- FELIPE. (Riéndole.) ¡Vamos, vamos!
- RAMON. ¡Pues si es verdad! Me habia ofrecido ponerme sin punto todo el mes para que me llevase una medalla... (Afi-giéndose gradualmente hasta romper en llanto.) Y hoy justamente, que es el ultimo dia, me ha puesto un *mal* más grande que su cabeza.
- GUAD. (Riéndose y besándole.) ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué pesar que toma mi hijo! ¡Tan grandullon y lloras por esas tomterías!
- RAMON. Yo le prometo que le voy á abrir la mollera de un cantazo.

- FELIPE. ¡Qué bonito! ¡Qué buena educacion revela eso! Más valiera que llorase usted de vergüenza por sobornar á las gentes con batatas.
- GUAD. Hombre, á nadie le amarga un dulce.
- RAMON. Bien que le gustan á él. Siempre se figura que la que le llevo es más pequeña que la del dia ántes.
- FELIPE. ¡Te halagaria ostentar una distincion que en realidad quien la habria ganado es el dueño de la Mahonesa?
- RAMON. ¿Y yo no me quedo sin postre por dárselo á él?
- GUAD. ¡Este papá que nunca ha de acordarse de tus años! Al niño (Acariciándole.) le lisonjea el que le vean con la medalla, porque siempre le miran con mas predileccion los amiguitos... ¿Verdad?
- RAMON. ¡Vaya! Y tambien le hacen á uno más caso las niñas!...
- GUAD. (Asombrada.) ¿Eh?
- FELIPE. (Me parece que tendré que esconder el tabaco, porque éste va, como su padre, á querer fumar muy pronto.)
- GUAD. Pero, explícame. ¿Qué es eso de que las niñas os hacen más caso?
- RAMON. Sí, le miran más; y cuando jugamos á *arroz con leche* siempre se quieren casar con el que tiene premio.
- GUAD. ¿Qué te parece, Felipe?
- FELIPE. Que éste se va á quedar soltero toda su vida.

### ESCENA III.

DICHOS y ADÓLFITO, con un libro en la mano y una medalla pendiente del lado izquierdo de la chaqueta.

- ADOLFO. ¿Dan ustedes su permiso?
- GUAD. (Á su hijo.) Mira quién está ahí.
- FELIPE. ¡Hola! Adelante, señor don Adolfo.
- RAMON. (Furioso.) ¿Qué vienes á hacer en mi casa? Ya te puedes marchar por donde has venido.
- FELIPE. (Riñéndole.) ¡Niño!
- GUAD. (Á Adolfo.) No hagas caso, hijo, entra. Ramon quiere sin duda que le pongamos una mordaza.

- ADOLFO. (Dándole el libro á Ramoncito.) Venia á traerte las reglas de urbanidad que te has olvidado en el colegio.
- FELIPE. No está mal el epigrama.
- RAMON. No me engañas, chato. Lo que tú vienes es á restregar-me la medalla por las narices. ¡Pinturero!
- ADOLFO. Sí, como es la primera que me llevo...
- RAMON. ¡Mira qué gracia! Porque tu tío le da al pasante todas las botas que no le sirven.
- ADOLFO. Digan ustedes que no es verdad.
- RAMON. Es más burro...
- GUAD. y FELIPE. (Sin poder contener la risa.) Pero niño!
- RAMON. El otro día le preguntaron qué parte de la oracion es *gloria* y contestó que era la última que se reza en el Rosario.
- GUAD. y FELIPE. (Riendo.) ¡Já, já, já!
- ADOLFO. Porque me turbé. Y tú, que en el certámen de Geografía le dijiste al maestro que las cinco partes del mundo se llamaban: Asia, Esia, Isia, Osia y Usia?
- RAMON. ¿Yo? ¿Yo? ¡Ay, qué embustero! Si las sé de memoria.
- ADOLFO. ¿Tú? Déjame reir. Que las diga por gusto.
- RAMON. Ves? Pues ahora no me da la gana.
- GUAD. Debes hacerlo para probarnos que las sabes.
- FELIPE. Pues ahora te mando yo decirlas para que no desmientas á nadie sin razon.
- RAMON. Pero, papá, si las sé...
- FELIPE. Veámoslo.
- RAMON. Luégo.
- FELIPE. (Formalizándose.) Al instante.
- RAMON. ¡Caramba! Asia, Europa, California, Misisipí y Navarra.
- TODOS. (Riendo.) ¡Já, já, já!
- ADOLFO. ¡Si las sabia!
- RAMON. No te rias, cochino.
- FELIPE. ¡Eh! ¿Qué palabras son esas? Cuidado con que yo las vuelva á oir...
- RAMON. Á ver si te largas; los perros fuera.
- GUAD. (Esto es un sainete.) Vamos, vamos, entre dos amiguitos no deben existir rencores de esa naturaleza. Vais á

decirnos por qué estais así y á daros un abrazo cariñoso.

FELIPE. Sí, aquí hay una cuestion de honra que es preciso ventilar. (Á Adolito.) Yo he oido decir algo de unas batatas á cambio de las cuales tú debias...

RAMON. Ponerme *bien* en todas las lecciones.

ADOLFO. Y dí, ¿no lo he cumplido?

RAMON. Pero hoy que era el último día me has puesto *mal*, y por tu culpa me he quedado sin premio.

ADOLFO. (Con el tono infantil del despecho.) Sí, señor; y lo he hecho porque ayer en el Prado dijiste en el corro de las niñas que yo me sonaba con la manga de la chaqueta. ¡Mal amigo! ¡Mal amigo!

RAMON. Y tú, ¿por qué le dices á Rosita si queria ser novia tuya? (Muy incomodado.)

ADOLFO. Ella me lo dijo á mí.

GUAD. (Á Felipe.) Tempranito empieza. ¿Eh?

FELIPE. ¡Ya, ya!

RAMON. (Con mucha gravedad y aparte á Adolito.) Y en cuanto llegue Navidad, con los aguinaldos voy á comprarme un revolver para matarte.

FELIPE. Más libros, más libros y ménos majaderías.

ADOLFO. Me voy, que el criado está esperándome ahí fuera.

GUAD. Antes de irte es preciso que os deis un abrazo y olvideis vuestras rencillas.

ADOLFO. Si él quiere...

GUAD. ¡Pues no ha de querer! (Empujando á su hijo, que abraza á Adolfo de mala gana.) Anda. ¡Así me gusta!

FELIPE. (Qué chiquillos!)

ADOLFO. Ustedes lo pasen bien.

FELIPE. y GUAD. (Besándole.) Adios, hijo mio.

FELIPE. Expresiones al tío.

ADOLFO. Muchas gracias.

GUAD. (Á su hijo.) Acompáñale, hombre.

ADOLFO. (En la puerta del foro, queriendo abrazar á Ramon.) Adios.

RAMON. (Rechazándole é indicándole la accion de pegarle un tiro.) Á Navidad... ¡pum! (Váse Adolito.)

FELIPE. (Á Ramon.) Y tú á estudiar inmediatamente todas las lec-

ciones de mañana.

RAMON. ¡Papá! Esta noche...

GUAD. Anda, obedece, que si no el jueves no habrá baile para tí.

RAMON. ¡Ay! ¡Cuándo tendré bigotes para no volver á mirar un libro. (Váse refunfuñando.)

## ESCENA IV.

GUADALUPE y FELIPE.

GUAD. ¡Qué demonios de criaturas! me han hecho pasar un rato delicioso.

FELIPE. Yo queria revestirme de mucha gravedad para reñir á Ramon; pero la risa se me soltaba á pesar mio.

GUAD. ¡Cómo se han sacado á relucir todos sus defectos!

FELIPE. Al chico habremos de dedicarle á la Marina.

GUAD. ¿Por qué?

FELIPE. Por la geografia que sabe.

GUAD. Es verdad.

FELIPE. ¡Qué razon tienen en decir que los niños no son más que locos pequeñitos! Cuando Adolfo sea hombre y se acuerde que un dia riñó con Ramon porque este dijo que se sonaba con la manga de la chaqueta...

GUAD. Pues por cosas más fútiles reñis vosotros á veces.

FELIPE. Mujer, por Dios, qué exageraciones.

GUAD. Los hombres no sois más que niños grandes; muy juiciosos mientras llevais el traje de salir; pero en cuanto os poneis el de estar por casa... ya, ya.

FELIPE. Justo; somos unas veletas que giramos segun el viento que sopla.

GUAD. Y claro que sí.

FELIPE. Cuando damos una palabra no la cumplimos, porque hayan dicho que tenemos los piés grandes... Oh...

GUAD. Llama feo al que se jacte de buen mozo, niégale talento al que se juzgue un sabio, contraría, en fin, los deseos de tu mejor amigo, y veremos si no te pone *mal* á pesar de todas las batatas que produce Málaga.

FELIPE. ¡Qué tonterías!



GUAD. Y si no, vamos á ver: ¿por qué el señor de Gonzalez, que es una persona muy juiciosa, te ha de inspirar una antipatía tan profunda?

FELIPE. ¿Es que quieres que te regale los oídos? Ahora iré á comerme á fiestas á un hombre que fué tu primer novio.

GUAD. ¡Qué delito tan grande! casi todas mis amigas ¿no han sido novias tuyas? Pues no las guardo rencor por eso.

FELIPE. Es que Gonzalez te asedia de tal modo en todas las reuniones que, francamente, me hace poquísima gracia; y como él se precia de Tenorio...

GUAD. Ya te he dicho, que las mujeres no podemos evitar las asechanzas de los seductores, pero sabemos poner una barrera entre la galantería y el abuso. Yo, por ejemplo, conociendo tu carácter impetuoso, me guardaré muy bien de señalarte á un libertino á quien para castigar me basto; pero puedo asegurarte que tu honor no sufrirá menoscabo bajo mi custodia.

FELIPE. ¡El muy fahendon! Con una calva que parece el casco de un bombero. ¿Mas valiera que se acordase de por qué se quedó calvo.

GUAD. ¿Ves lo mal que le tratas? Pues apuesto cualquier cosa, á que si te hiciese un favor de esos que tocan la cuerda sensible; si... por ejemplo, te regalase un cintajo que colgarte del ojal de la levita, habias de modificar por completo tu opinion.

FELIPE. Al momento.

GUAD. Pues hombre, si en sentido contrario te sucede lo mismo con Leon, el tio de Adolfito. Un chisgaravís, un títere que no se alimenta más que de chismes y enredos; tan afeminado, tan necio, y á quien sin embargo profesas tanta simpatía.

FELIPE. ¡Mujer! Es un buen chico!...

GUAD. ¡Es claro, te sirve de correveidile en todas tus intrigas...

FELIPE. Ya lo has dicho tú.

GUAD. Sobre todo, se halla bajo tu dominio, y por eso le encuentras excelente; pero estoy segura de que el día en

que se elevase dos dedos sobre tu nivel; en cuanto fuese más que tú por cualquier concepto, ya no le podías resistir.

FELIPE. Bien, lo que quieras.

GUAD. Si es condiciou humana!

FELIPE. (Viendo á Leon.) En hablando del ruin de Roma...

## ESCENA V.

DICHOS y LEON, con un gaban que oculta un traje de etiqueta.

LEON. ¿Se ocupaban ustedes de mí?

FELIPE. Sí, Guadalupe estaba haciendo la apología de usted.

GUAD. ¿No ha encontrado usted á su sobrino? Hace un momento que acaba de marcharse de aquí.

LEON. ¿Adolfito?

FELIPE. Sí.

LEON. No le he visto. Á bien que llevábamos opuestas direcciones; porque él iria á casa y yo venia de Palacio.

FELIPE. Efectivamente, volvia del colegio.

GUAD. ¡Qué mona está esa criatura!

LEON. Pues hoy he tenido que reunirle, porque queria á todo trance venir conmigo á Palacio.

FELIPE. Lo que me parece es que no goza de una salud muy completa su sobrino de usted.

GUAD. Está muy amarillito. No le haga usted estudiar mucho.

LEON. Eso mismo me ha dicho el médico, á quien encontré cuando iba á Palacio á dar las gracias á su majestad.

FELIPE. ¡Ah! ¿Viene usted de Palacio?

GUAD. Sí, ¿no lo has oido?

LEON. Por cierto, señores, que con el dia de verano que está haciendo y todas las estufas encendidas en aquellas habitaciones estoy como si me encontrara en pleno Agosto. Ustedes me dispensarán. (Se quita el sobretodo y deja ver el frac, con una placa de comendador de número de Isabel la Católica en el costado izquierdo.)

FELIPE. No faltaba otra cosa.

GUAD. ¡Amigo! ¿y esa condecoracion?

- FELIPE. (Con asombro.) ¡Cómo! ¿Una placa?
- LEON. Sí, la de comendador de número de Isabel la Católica.
- GUAD. Sea euhorabuena.
- FELIPE. (Con envidia creciente en todo el curso de la escena.) ¡Qué en secreto lo ha tenido usted!
- LEON. Como me preocupo tan poco de estas cosas...
- FELIPE. (Se preocupa poco y me hace una visita con el solo objeto de restregarle las insignias por las narices.)
- GUAD. ¡Es muy bonita! Mira, Felipe.
- FELIPE. Sí, preciosa.
- LEON. ¿Les gusta á ustedes?
- LOS DOS. Mucho.
- LEON. Siento no poderla ofrecer...
- FELIPE. ¡Quiere usted callar! Estos objetos sólo tienen una aplicación directa.
- GUAD. ¿Qué uso habia de hacer Felipe de una cruz que no podría ostentar...
- LEON. Es verdad, que usted creo que no está condecorado...
- FELIPE. No; para ello se requieren merecimientos que estoy muy distante de poseer.
- LEON. ¡Oh! no diga usted eso. Tal vez le tienen á usted en olvido por su excesiva modestia. Mire usted, yo estoy apoyando á la situación desde Alcolea y maldito si se han acordado de mí. Gracias á que ahora le he hecho ganar las elecciones á nuestro amigo Gonzalez, por quinientos votos que le he procurado, y él agradecido ha iniciado la recompensa en que el gobierno jamás hubiera puesto mientes.
- FELIPE. Es muy justo.
- GUAD. Adolfito tambien se ha llevado una medalla.
- LEON. ¿Sí?
- FELIPE. (Es claro; con votos á los candidatos y botas á los pasantes condecora este á toda su familia.)
- LEON. La verdad es que Gonzalez es una persona sumamente atenta y todo un caballero.
- FELIPE. ¡Ah! Sí.
- LEON. Yo siento ocuparme de él con elogio en esta casa, por-

que sé que no le profesan ustedes la mayor simpatía.  
(Por Felipe.)

FELIPE. Nada de eso.

LEON. Y él lo deplora, de veras. No hace mucho me decía: «Á haber yo sabido que el amar á Guadalupe me cerraba las puertas de la amistad de Felipe, jamás hubiera puesto los ojos sobre ella.»

FELIPE. Es una preocupacion suya.

GUAD. Indudablemente.

LEON. Le es usted simpático, créalo usted. Por supuesto, yo haria lo mismo que Felipe; porque la simpatía de un Tenorio como Gonzalez, hacía el marido de la mujer á quien amó, me parece lo que en el tresillo llamamos salir por una falta.

GUAD. Hace usted poco favor á su amigo.

FELIPE. No, no deja de tener razon.

LEON. Es una debilidad de su carácter. Ha leído el Fausto en alemán y se echa en busca de Margaritas.

FELIPE. Aquí podria decirse lo de echar margaritas á... Gonzalez.

TODOS. ¡Já, já, já!

LEON. Y luégo, ¿quién asegura al marido que del amor pasado no queda algun rescoldo... (Mirando á Guadalupe.)

GUAD. (Títere!) El honor de su mujer que estima en mucho el de la persona cuyo nombre lleva.

FELIPE. Ciertamente.

LEON. Veo que Guadalupe se pone seria por una broma que me he permitido...

GUAD. Nada de eso; como broma lo he tomado.

LEON. Pues el objeto de mi visita es decirles á ustedes que he estado en casa de nuestro amigo el banquero Monsieur Lambert, y su señora me ha prevenido que insista mucho con ustedes para que no dejen de asistir el jueves á sus salones.

GUAD. Bastaba su invitacion para obligarnos. Ahora con doble motivo...

FELIPE. (Tambien ha ido á enseñarles la cruz!)

LEON. (Con intencion á Felipe.) ¡Ah! Luisa, que estaba allí, une

asímismo sus ruegos á los de su amiga.

GUAD. (Con intencion mirando á su marido.) ¡Gracias!

FELIPE. (Iremos.)

LEON. (Á Guadalupe.) ¡Qué simpatías tiene por usted!

GUAD. ¡Quién! Luisa?

LEON. Sí.

GUAD. He de preguntarla si sabe jugar al tresillo.

LEON. ¿Por qué?

GUAD. (Viendo y mirando á Felipe.) Porque me parece que ha de salir siempre por una falta.

LEON. ¡Já, já!

FELIPE. (Si supiese que da cada codillo...)

LEON. ¡Qué Guadalupe! (Levantándose.) Conque no falten ustedes, porque la soiré promete ser brillantísima.

FELIPE. ¿Nos deja usted ya?

LEON. Harto á pesar mio.

GUAD. Tan pronto!

LEON. Voy á hacer cinco ó seis visitas que me faltan, y en seguida á quitarme estos trebejos; porque si encuentro á algun conocido creerá que voy paseando por ahí la cruz... Á los piés de usted, Guadalupe.

GUAD. Adios, Leon.

LEON. ¡Felipe!... (Dándole la mano.)

FELIPE. Repito mi enhorabuena.

LEON. Gracias. Y á ver cuándo se la doy yo á usted, que es una mala vergüenza que ese pecho esté limpio todavía, cuando tanto botarate ostenta un calvario en el suyo. Yo mismo, si cree usted que le puedo servir de algo..

FELIPE. Lo estimo. Veremos.

LEON. Con franqueza.

FELIPE. Ya lo sé.

LEON. Pues, ea, adios.

TODOS. Adios. (Váse Leon.)

## ESCENA VI.

GUADALUPE y FELIPE.

FELIPE. Escribe memorias, regala vasos etruscos para que luégo un quidan por quinientos votos cedidos á un candidato se lleve nada ménos que la encomienda de número de Isabel la Católica.

GUAD. El hombre se la ha ganado.

FELIPE. Mujer, calla. Si fuera una cruz sencilla ménos mal; pero una condecoracion que tiene tratamiento... Mira tú que darle usía á Leon... ¡Vamos!...

GUAD. Di. ¿Verdad que ya no te parece tan buen chico?

FELIPE. Ahora vas tú á creer que por la miseria de la...

GUAD. ¡Já, já, já!

FELIPE. No es eso, Guadalupe; sino que indigna el ver cómo prostituyen lo que más debiera honrar al individuo. Leon es un excelente muchacho como... Leon y aun como el caballero don Leon; pero como comendador...

GUAD. Vamos, como comendador no le puedes digerir.

FELIPE. Es que nunca ha estado tan majadero como hoy. (Imitándole.) «Vengo de Palacio; cuando me dirigia á Palacio» y eso de ir hecho un sacristan en procesion enseñando la cruz á todo el mundo!... Lo siento por él, porque va haciendo un papel ridículo.

GUAD. No, Felipe, no; lo sientes por tí, porque, como dice nuestro hijo, al que tiene premio, los compañeros le miran con más preferencia y las niñas les hacen más caso. No es el ridículo que él corra lo que á tí te inquieta, sino el pensar que de hoy en adelante le verán en los salones con su placa. Y que cuando tú te acerques á invitar á Luisa para unos lanceros, ella te contestará: «Lo siento, Felipe, estoy comprometida con el comendador.»

FELIPE. Sí, lo que quieras, porque contigo no hay medio de discutir, es preciso disputar.

## ESCENA VII.

DICHOS y un CRIADO, que presenta á Felipe una tarjeta.

CRIADO. Señorito. Visita.

FELIPE. (Leyendo.) «Antonio Gonzalez, diputado á córtes.»

GUAD. El padrino del comendador.

FELIPE. Que pase en seguida. (Váse el criado.) Tu amor.

GUAD. ¡Majadero!

FELIPE. Éste nos visita de tarde en tarde, pero oportunamente. Ya me hago bastante violencia para aparecer risueño á sus ojos, conque hoy que estoy para pocas bromas...

GUAD. ¡Chist! Calla.

FELIPE. (¡Hombre más antipático!)

## ESCENA VIII.

DICHOS y GONZALEZ, calvo y con baston.

FELIPE. ¿Cómo está usted, señor de Gonzalez?

GONZ. Gracias. Usted, Guadalupe, esforzándose en hacernos creer que hace once años que se casó.

GUAD. Las madres llevamos siempre á la vista la partida de bautismo.

FELIPE. Ya creíamos que habia perdido usted las señas de nuestra casa.

GONZ. Bien pueden ustedes dispensarme; pero entre asuntos propios, y el ministro, que se ha empeñado en llevarme al Congreso...

FELIPE. ¡Ah! Le felicito á usted por el triunfo de su candidatura.

GONZ. No, si no ha habido lucha.

FELIPE. Pues Leon nos habia dicho todo lo contrario.

GUAD. Sengun él, quinientos votos que le habia á usted cedido eran los de mayoría sobre el contrincante.

GONZ. Puedo asegurar á ustedes, señores, que no ha intervenido para nada en mi eleccion. Ese habla á placer de la lengua.

FELIPE. Pues si hasta nos vino á enseñar la condecoracion que

- usted le ha mandado en agradecimiento.
- GONZ. ¡Qué títere! En casa estuvo también á darme las gracias, pero es una cruz que me ha pedido poco ménos que de rodillas y que yo le he procurado sin más objeto que el de satisfacer sú vanidad.
- FELIPE. ¡Qué debilidades!
- GUAD. Va usted el jueves al baile?
- GONZ. ¡Por fuerza! Los señores Lambert son tan amables...
- FELIPE. ¿Viene usted del Congreso?
- GONZ. No. Hoy he ido á visitar el Museo Arqueológico... y en verdad que le felicito á usted por la preciosa coleccion de vasos etruscos que ha regalado.
- FELIPE. ¿Le gustan á usted?
- GONZ. Son admirables. De lo más arcáico que he visto. Supongo que, para honra de la ciencia, no será el último donativo que usted haga.
- FELIPE. Siento el tener que destruir esa ilusion.
- GONZ. ¡Cómo!
- FELIPE. Me es sumamente sensible el desprenderme de objetos que á mis ojos tienen un gran valor, para que en las regiones oficiales se aprecien en tan poco.
- GONZ. No concibo por qué lo dice usted. Precisamente el director y el ministro de Fomento, que estaban allí conmigo, han hecho de ellos un gran elogio.
- FELIPE. Pues ni las gracias se me han dado.
- GONZ. ¿Es posible?
- GUAD. Yo encuentro que Felipe se queja con justo motivo. Ya ve usted, la adquisicion de esos vasos representa un trabajo asídúo, un capital de inteligencia y sacrificios pecuniarios no despreciables.
- GONZ. Yo no me lo explico más que por un olvido involuntario.
- FELIPE. Ya ve usted, ¿qué les costaba mandarme, no como pago, sino por vía de estímulo, una mencion, una cruz...
- GONZ. La tendrá usted. Yo me encargo de ello.
- FELIPE. (Reprimiendo su alegría.) No, no, luégo pueden figurarse que yo la he mendigado...
- GONZ. Nada, nada. Déjeme usted proceder libremente, siquiera



sea por respeto á la ciencia.

FELIPE. Como usted guste. (Se levanta para tocar un timbre que hay sobre una mesa.)

GONZ. (Ap. á Guadalupe mientras Felipe se separa.) Siempre tan ingrata conmigo?

GUAD. Siempre. Basta.

FELIPE. (Á un criado que á poco vuelve con cigarros.) Tráete cigarros. Gales ¿eh? (Á Gonzalez.) Pero ahora no vaya usted á ser exigente, porque repito que se trata tan sólo de un estímulo. Así con una cruz sencilla de caballero...

GONZ. ¡No sea usted criatura! ¿Piensa usted merecer ménos que Leon? Le doy á usted mi palabra formal de que el jueves se presenta usted en el baile con la encomienda de número de Cárlos tercero.

GUAD. (Al ménos ya pareceré persona decente.)

FELIPE. (Á Gonzalez despues de ofrecerle un cigarro.) ¿Quiere usted que le sirvan un refresco? porque hace calor...

GONZ. No, gracias...

FELIPE. Ó una copita de ajenjo.

GONZ. Nada. (Váse el criado.)

GUAD. (Ya creo que le daría mi marido hasta un abrazo.)

GONZ. Dígame usted. ¿Cómo van las obras de la calle del Arenal?

FELIPE. Bastante adelantadas; pero esa finca no es mía.

GONZ. Sí; ya sé que es de los huérfanos de Ramirez, de quien usted es tutor.

FELIPE. Precisamente.

GONZ. ¿Son todos menores? ¿La casada también?

GUAD. No tiene más que quince años Adelita.

FELIPE. De esa es tutor su marido.

GONZ. Es natural. No sé si usted sabe que yo tengo una casa en la calle de las Hileras.

FELIPE. No lo sabía.

GONZ. Sí, que da precisamente sobre los jardines de la que usted construye, y desearía, si posible fuese, que se me permitiera sacar unas luces...

FELIPE. Usted no tiene más que mandar para ser obedecido.

- GONZ. Pero se trata de menores; no quiero yo perjudicarles... que indiquen la cantidad, y si es razonable como creo...
- FELIPE. Bien; ya arreglaremos cuentas. El marido de Adelita jamás se opone á lo que yo dispongo; por consiguiente mande usted los albañiles y proceda como guste, si quiere darme una prueba de amistad.
- GONZ. Tantas gracias. Pero...
- GUAD. (¡Ah! ¡Hombres, hombres! y os llamis sexo fuerte.)

### ESCENA IX.

DICHOS y RAMONCITO, que á guisa de medalla ostenta en el pecho un pedazo de papel dorado, prendido con un alfiler.

- RAMON. (Entrando con mucha gravedad é imitando al profesor en la adjudicacion de premios.) ¡Don Ramon de Carvajal: premio de aplicacion!
- GUAD. Aquí está nuestro heredero.
- GONZ. Es un buen mozo.
- FELIPE. Ven, Ramon.
- RAMON. Algo mejor me sentaria á mí la medalla que al burro de Adolfito.
- GUAD. Aquí hay un caballero que quiere verte.
- GONZ. ¿Me das un beso, hermoso? (Se le sienta en las rodillas dejando para ello el baston junto al brazo de la butaca.)
- FELIPE. ¡Pero muchacho! ¿Qué te has puesto ahí? Quitate ese adefesio. (Le quita el papel.)
- RAMON. ¡Papá!
- FELIPE. No te da vergüenza, siendo casi un hombre, el ir con ese pedazo de papel haciendo reir á la gente?
- GONZ. ¡Qué ojos tiene!
- FELIPE. Si vieras que yo me ponía ese pingajo ¿no mereceria que me silbases? Vamos, ten juicio.
- GUAD. Cuando hay visita los niños no deben hacer locuras.
- FELIPE. ¿Tú no has conocido á este caballero? (Al niño.)

RAMON. No.

GUAD. ¿No te acuerdas del señor de Gonzalez?

RAMON. No.

FELIPE. Si, hombre; el dueño de aquellas jaquitas que te gustaban tanto...

RAMON. ¡Ay! sí, ya me acuerdo. Uno que dices tú que fué novio de mamá.

TODOS. ¡Já, já, já!

FELIPE. Sí; eso es. (Riendo.)

RAMON. Y que mamá no le quiso...

GUAD. (Presintiendo lo que va á venir.) (¡Ay!)

FELIPE. (idem.) Mira, creo que te llaman.

RAMON. Porque se quedó calvo de una tiña que tuvo.

GONZ. (Soltando al niño con indignacion.) (¡Cómo!)

GUAD. (Esforzándose por reir.) No, hombre, no...

FELIPE. (Queriendo paliarlo.) Lo confunde, con... el marido de... aquella... que estaba en... aquel pueblo... cuando... (¡Ay, sudo tinta!)

GUAD. Anda, anda á que te prueben el traje para el jueves.

RAMON. Voy. (Á Gonzalez.) Usted lo pase bien.

GONZ. (Esforzándose por acariciarle.) Adios, monísimo. (Váse Ramoncito.)

FELIPE. Estas criaturas son capaces de comprometer...

GUAD. Confunden ideas y luégo las...

FELIPE. Gracias á que en esta ocasion no se podia dudar...

GONZ. Sí... ellos oyen decir las cosas y despues... las trabucan...

FELIPE. Dispénsele usted...

GONZ. Son niños... Guadalupe, á los piés de usted.

GUAD. No se olvide usted de nosotros.

GONZ. Felipe... (Dándole la mano.)

FELIPE. (Con gran solicitud.) Que se venga usted alguna noche á tomar el té; con franqueza...

GONZ. Sí; lo haré.

FELIPE. Y abra usted cuantas luces guste...

GONZ. Gracias.

FELIPE. De lo de los vasos... nada digo.

GONZ. Eso es cosa mía. (Como no te cuelgues mas cruz que la que yo te dé...) Adios.

LOS DOS. Adios. (Váse Gonzalez, dejándose el bastón.)

## ESCENA X.

GUADALUPE y FELIPE.

FELIPE. ¡Ay! ¡Qué hijo de mis pecados!

GUAD. No he pasado en mi vida tormento más atroz.

FELIPE. ¡Le voy á arrancar la lengua!

GUAD. El angelito ¿qué culpa tiene? Te ha oido decir eso y lo repite.

FELIPE. Es verdad. Pero yo creo que Gonzalez no se ha dado por aludido.

GUAD. ¡Calla, hombre! Pues la cosa ha sido para dejar duda.

FELIPE. No; pero lo hemos compuesto bastante bien.

GUAD. Mucho; tartamudeando.

FELIPE. Pues sabes que se ha tragado una píldora...

GUAD. (Riendo.) ¡Infeliz!

FELIPE. Y mira, lo siento, porque es una persona muy simpática. Gana mucho tratándosele á fondo.

GUAD. ¡Desgraciado! Aparenta al ménos sostener la firmeza de tus opiniones. ¿No ves que te has quedado sin encomienda?

FELIPE. Eso es.

GUAD. Y tanto. Lo de la calva ha sido para él lo que para Adolfo la manga de la chaqueta.

FELIPE. ¡Qué majadería! Pues qué, aunque el hombre se haya aplicado el cuento, ¿el tener una enfermedad, es cosa que deshonne?...

GUAD. No; pero ya verás si acierto. Basta el que á mí me halance para que no tenga lugar.

FELIPE. No lo creas.

GUAD. ¡Tan contenta que estaba yo de ser comendadora!

FELIPE. (Colgándose del pecho el papel dorado que le quitó á su hijo.) Mira, mira, algo mejor me estará á mí la placa que al botarate de don Leon. Y luégo la de Cárlos tercero es más

estimada que la suya. Sobre el negro resalta mucho, y eso que con la levita no luce tanto como con el frac. (Se recoge los faldones de la levita para imitar los de un frac.)

**GUAD.** ¡Cuánto rabiarán algunos al vernos del brazo el jueves en la Legacion! (Tomando el de su marido.)

**FELIPE.** ¡Ya lo creo! Cuando... (Todo esto jugado muy cómicamente, pero sin que toque lo grotesco de ningun modo. Guadalupe va apoyada en el brazo derecho de su marido á fin de que el papel dorado quede perfectamente visible para Gonzalez, quien entrando oportunamente para verlo todo, toma su baston y sorprende en una vuelta á los dos esposos, dejándolos petrificados de vergüenza.)

### ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, GONZALEZ y á poco RAMONCITO.

**GUAD.** ¡Ay! (Viéndole.)

**FELIPE.** ¡Oh! (Idem.)

**GONZ.** Se me había olvidado el baston... agur. (Conténtate con la de papel, que no habrá otra.) (Váase.)

**RAMON.** Papá, papá. (Viéndole el papel en el pecho.) ¡Hombre! ¡Bien! (Se pone á silbarle.)

**FELIPE.** ¡Niño! (Levantando la mano para pegarle.)

**GUAD.** ¡Felipe, Felipe! (Conteniéndole y señalándole el papel.) Tiene razon.

**FELIPE.** (Avergonzado.) Es verdad. Silba, hijo, silba. (Felipe se arranca el papel y Ramoncito continua silbando y haciendo muecas.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



---

---

## ACTO SEGUNDO.

---

Un vasto y elegantísimo salon en casa del Conde dispuesto para un baile. Profusion de espejos con grandes candlabros en los intersticios. En sitio conveniente la orquesta. Por el fondo se divisan otras habitaciones no ménos lujosas.

### ESCENA ÚNICA.

La CONDESA, LUISA, FELIPE, GONZALEZ, LEON, el CONDE, ZACARÍAS, ROSITA, RAMONCITO, ADOLFITO, SEÑORAS, CABALLEROS, NIÑOS y NIÑAS.

Casi todos los caballeros ostentan condecoraciones á excepcion de Felipe. Adolfo luce tambien su medalla. Al levantarse el telon los niños bailan los últimos compases de un wals, y acto continuo van á sus asientos respectivos. Los demas convidados, divididos en grupos y formando semicírculos sostienen en los suyos animadas conversaciones. Cuiden mucho los directores, de dar á este cuadro la mayor animacion posible sin que degeneren nunca en confusion, haciendo que las figuras vengan oportunamente y sin violencia á decir sus versos por los primeros términos y ocupándolos en algo cuando no jueguen en la accion. En resúmen, imprímasele la mayor verdad posible, teniendo en cuenta que se trata de una escena única en que intervienen más ó ménos directamente todos los personajes mencionados. Los caballeros pasan de unos grupos á otros; las señoras rien y coquetean con ellos; los niños, juntos en su mayor parte, se libran con las niñas á pasatiempos infantiles; los dueños de la casa hacen los honores recorriendo los diferentes términos del salon, y multitud de criados, unos de frac y otros de gran librea, ofrecen á los concurrentes, en bandejas de plata, dulces, helados, pastas y refrescos. Al terminar el wals hay un pequeño movimiento; algunas señoras acarician

á los niños, las madres componen el traje á sus hijos, los caballeros cercan á algunas niñas felicitándolas; pero á poco el orden se restablece, y ocupando cada cual su sitio, se da comienzo á la accion.

COND. (Con bastante acento francés, del que participa igualmente su marido.) ¡Bravo mis niños, ustedes han muy bien balado!

CONDE. Á presente una pequeña dulsura.

RAMON. Se dice: dulce. (Riéndose.)

CONDE. ¿Dulce? (Yéndose.) (*Quelle langue, mon Dieu.*)

COND. ¿Pero usted, señorita, no bala de toda la noche. (Á la Niña 1.<sup>a</sup>)

NIÑA 1.<sup>a</sup> No me saca nadie.

COND. ¡Oh! Á la otra ves yo le buscaré á usted una pareco. (Á Ramoncito.) Usted, pequeño niño, está muy rojo. Tome usted guardia, tome usted guardia. (Sentándose junto á una señora y entablando conversacion con ella.) *Et ben, ma chère amie.* (Los niños rien de las palabras de la Condesa.)

RAMON. (Á Adolfo burlándose.) Yo que tú me hubiera traído la medalla al baile.

ADOLFO. Pues yo le preferido dejármela en casa.

ROS. Muy bien que ha hecho, sí señor, buena envidia que le tienes.

SRA. 1.<sup>a</sup> ¡Niña! (Reprendiendo á Rosita.)

ROS. Mamá!

NIÑO 1.<sup>o</sup> ¿Y yo? que me podia haber puesto el uniforme que tengo de cadete de artillería...

NIÑA 2.<sup>a</sup> No, no; ya te he dicho, que si te haces militar no me caso contigo.

ADOLFO. (Á Ramon.) Tú lo que sientes es que Rosita me mire con buenos ojos.

RAMON. ¿Por qué ha sido tu pareja? Luégo bailaré conmigo. ¿Verdad? (Á ella.)

ROS. ¿Yo? Espérame sentado.

SRA. 1.<sup>a</sup> ¿Rosita? (Reprendiéndola.) ¡Zacarías! (Llamando á su marido.) Riñe á esa niña, que le está haciendo cada desaire á Ramoncito...

ROS. Desaplicado! (Á Ramon.)



ZAC. Á ver, á ver! (Á Rosita.) Ya te he dicho que una señorita no debe ser nunca con los ricos; digo, Jesús, con los niños...

RAMON. Pues en toda la noche no ha hablado más que con Adolfito y con el hijo del gobernador.

ZAC. ¿Quién es él? No le conozco.

ADOLFO. Éste, Genaro. (Señalando al Niño 2.º)

ZAC. Mira, mira, Arsenia. Este caballero es hijo del señor gobernador. (Á la Señora 1.ª.)

NIÑO 2.º Servidor de usted.

SRA. 4.ª Caramba! ¡Tan joven y ya es usted señor gobernador!...

LEON. (Al lado opuesto en el grupo donde se hallan los niños.) Si le ví el otro día yendo á Palacio...

RAMON. (Á Gonzalez, que pasa por la izquierda donde se hallan los niños.) ¡Hola! Señor de Gonzalez.

GONZ. ¡Ah! Buenas noches... hermoso. ¿Y mamá se ha quedado en casa?

RAMON. Sí, señor, estaba un poco indispuesta...

ADOLFO. Diga usted que no. Yo sé por qué no ha venido.

NIÑO 1.º Mi mamá dice que es porque no tenía traje nuevo que ponerse.

RAMON. ¡Si se había teñido de azul el blanco que llevó al baile de la Duquesa.

ADOLFO. (Á Ramon.) No señor. Es que no le han dado á tu papá una cruz que le habían ofrecido, y tu mamá de rabia no ha querido venir. (Á Gonzalez.) Don Felipe se lo ha dicho á mi tío y yo he oído como éste lo contaba en un corro donde estaba Luisa.

CONDE. (Á D. Felipe en grupo donde está Luisa.) Mais don Filipe, ¡que yo siento que la señora no sea venida!

LUISA. Precisamente esta noche que hubiera podido asistir al debut de un comendador.

LEON. (Lo va á charlar todo!) Voy á ver á Gonzalez, que entretenido con la infancia no...

LUISA. Tráiganoslo usted por acá... (Leon va en busca de Gonzalez.)

FELIPE. Son unas neuralgias que la acometen muy á menudo. (Al Conde.)

CONDE. Pobre señora! Eso es tener una gran cruz.

FELIPE. No!... (Al contrario; eso es no tener ni siquiera una encomienda.)

LEON. (Á Gonzalez, en lado opuesto.) Usted siempre consagrado á la infantil.

GONZ. Me hacen mucha gracia los niños. Éste, (Por Ramon.) sobre todo, tiene... unas ocurrencias...

LEON. ¡Ah! Ramoncito. Sí, es muy oportuno.

GONZ. Mucho!... ¡Qué guapo! (Acariciándole sin ganas.) ¿Eres guapo?

RAMON. No, señor. (Sonriendo.)

LEON. Entónces eres feo.

RAMON. Tampoco.

LEON. Allí tiene usted la hipocresía de la vanidad. Dice que no es guapo para que nosotros traduzcamos que sí lo es. (Separándose un poco de los niños.) Por supuesto que usted adora al santo por la peana.

GONZ. ¡Cómo!

LEON. Por Dios, al hombre que ha corrido no pueden ocultársele ciertas cosas. ¡Pobres maridos!

GONZ. No alcanzo!...

LEON. La vida se ha hecho para nosotros los célibes. Á mí me gusta mucho el amor, pero rechazo la santa coyunda. El galanteo es la sinfonía del matrimonio; participa de todos sus motivos sin desarrollar ninguno.

GONZ. (Con cierta vanidad mal reprimida.) Si usted no se explica...

LEON. ¿Querrá usted hacernos creer que habiendo inspirado en otros tiempos una pasión á Guadalupe, ella ha de permanecer ingrata al recuerdo de mejores días?

GONZ. (Negando con la sonrisa en los labios como para afirmar implícitamente.) ¡Hombre! No...

LEON. Tengamos aquí lo de la hermosura de Ramoncito! ¿Entónces le detesta á usted?

GONZ. ¡Oh! Tampoco. Existe una buena amistad...

LEON. Cuya traduccion pueda á juicio del lector discreto.

LUISA. (Á Felipe en el lado opuesto.) Decididamente es usted quien ahuyenta á Gonzalez. No se me ha acercado en toda la

noche.

FELIPE. (Levantándose.) Desapareciendo la causa cambiará el efecto.

LUISA. ¡No sea usted tan susceptible! Haga usted más bien que la misma causa produzca efectos distintos, conduciéndole á mi presencia. (Felipe se dirige donde está Gonzalez.)

LEON. (Separándose de Gonzalez y yendo á sentarse hácia el centro de la sala, donde está la Señora 2.<sup>a</sup>.) Soy con usted al momento.

FELIPE. (Á Gonzalez.) ¡Cómo tan retirado dando márgen á que el bello sexo expida heraldos en busca de usted.

GONZ. Temia ser inoportuno. (Continúan hablando con afectada cortesía.)

SRA. 2.<sup>a</sup> (Á Leon.) Esta noche está Gonzalez fuera de su centro.

LEON. El salon carece de encantos para él.

SRA. 3.<sup>a</sup> Con todo, Luisa le llena con su hermosura.

LEON. Sí, pero falta Guadalupe.

SRA. 2.<sup>a</sup> ¡Cómo! ¡Ay! Cuéntenos usted... (Con gran curiosidad.)

SRA. 3.<sup>a</sup> Sí, sí, sepamos....

LEON. ¡Por Dios! Encargo la mayor reserva. (Hablan muy animadamente llamando á varios más que se agregan á escuchar. Un criado ofrece dulces en el corro de los niños y todos se abalanzan con afán á cogerlos. Las madres los detienen.)

ZAC. (Á Rosita.) Tú toma una cosita seca, que ántes con la bresquilla te has puesto los guantes perdidos.

RAMON. (Cogiendo de la bandeja la misma batata que Adolfo, cuya posesion se disputan.) ¡Yo la he cogido primero!

ADOLFO. Engañoso, suelta.

ZAC. (Á Rosita.) Sepárate, no te ensucien el vestido.

ADOLFO. ¡Goloso! ¡Cómo se ha echado á coger la más grande!

RAMON. No, señor. Es que hace un mes que no como batatas y á tí te puede dar cólico del fárrago que tienes de ellas en el estómago.

ADOLFO. Que se la dé Rosita al que más quiera.

ZAC. (Á Rosita.) Dásela al hijo del señor gobernador.

ROS. (Á su padre.) (No me gusta.) Para Adolfo.

ADOLFO. (Tomando la batata, á Ramon.) ¡Rabia! ¡Rabia!

RAMON. (Tomando otro dulce.) Ya te lo diré yo mañana en el colegio. (Pues yo soy más guapo.) (Desde este momento no cesa

de mirarse al espejo que hay detrás de él.)

GONZ. (Á Felipe en el centro de la escena.) Y en verdad que yo le debo á usted una satisfaccion.

FELIPE. Usted no tiene por qué excusarse conmigo.

GONZ. Yo hubiera tenido un gran placer en cumplirle á usted mi palabra.

FELIPE. Lo creo. (Con mal reprimido reñor.)

GONZ. Pero lo que me ha dicho el Ministro; es tanto el abuso que estos últimos dias se ha hecho de las condecoraciones, que la prensa ha puesto el grito en el cielo, y ha sido forzoso suspender toda propuesta hasta que los ánimos se apacigüen un poco.

FELIPE. Yo le suplico á usted, que no abogue más por mi causa, pues la concesion de mi cruz, en otras circunstancias que las presentes argüiría falta de merecimientos toda vez que se teme exponerla al juicio del público.

GONZ. ¡Oh! Nada de eso: pero podemos aprovechar una ocasion...

FELIPE. (Con cierto retintín.) Señor de Gonzalez, á la ocasion la pintan calva y...

GONZ. (¡Hola!) No... no crea usted que á mí... (Deseconcertado.) me falta razon en que fundar... la calva, digo, la propuesta...

(Ramoneito que, como queda dicho, hace grandes esfuerzos por mirarse en un espejo, se sube en el palo de una silla maqueada para verse cómodamente, y oseilando, se apoya para no caer sobre el hombro de Rosita manchándola el vestido con el dulce que lleva en la mano.)

ROS. ¡Lo ves... ¡Mamá!

ADOLFO ¡Ay! Cómo la ha puesto el vestido!

VARIOS NIÑOS. Ay!

SRA. 1.<sup>a</sup> ¡Zacarías! ¡Quieres ver?

ROS. Ha sido el bárbaro de Ramoncito.

FELIPE. (Separándose de Gonzalez y yendo al corro de los niños. Gonzalez se dirige á donde está Luisa.) Dispéñseme usted.

ZAC. (Riñendo á su hija y limpiándole el vestido con el pañuelo.) ¡Si te hubieras separado como te dije! ¡Un traje nuevo!...

FELIPE. ¿Qué es eso?

RAMON. ¡Papá! Ha sido sin querer.

ZAC. (Á Felipe sonriendo forzosamente.) No es nada, no es nada.  
(¡Acabado de estrenar!)

FELIPE. (Riñendo á su hijo.) Siempre has de darte á conocer en todas partes.

SRA. 1.<sup>a</sup> No le riña usted. (Á Felipe.) No merece la pena.

RAMON. Por no caerme...

ZAC. (¡Así te hubieras estrellado!) (Á Felipe.) No es nada.

ADOLFO. El muy presumido! Por mirarse en el espejo le ha embaldurnado á Rosita todo el traje con el dulce mascado.

(Leon acude á este grupo para enterarse de lo que ocurre.)

NIÑO 1.<sup>o</sup> ¡Si no para de mirarse en toda la noche.

NIÑO 2.<sup>o</sup> Yo se lo diré á mi papá para que le ponga preso.

FELIPE. (Á su hijo) Tú te has propuesto avergonzarme delante de las gentes? ¿No sabes que eso es una vanidad ridícula que sienta muy mal en un hombre? Cuidado con que vuelva á ver que te miras á un espejo. (Á Zacarías.) Ruego á usted que dispense...

ZAC. (Desde su asiento.) Si no es nada, no es nada.

FELIPE. (Á Ramon.) Ahí quieto sin moverse de la silla.

ROS. Un vestido tan bonito! ¡Cuánto lo siento!

LEON. ¡Hija! Más lo sentirá tu papá.

ROS. No; si papá no paga estas cosas.

LEON. ¡Cómo!

ROS. Los trajes salen de los ahorros de mamá.

LEON. Ah!

FELIPE. (Á Leon, separándole del corro de los niños, y señalándole á Luisa.) Mírela usted, mírela usted como coquetea con Gonzalez.

LEON. Es natural, amigo mio. Luisa desea salir de su estado de viuda, y Gonzalez, como hombre soltero, le ofrece más probabilidades que usted, que arrastra el apéndice conyugal.

FELIPE. Sin embargo, su conducta para conmigo...

LEON. Es la de toda mujer que trata de distraer su aburrimiento

FELIPE. Pero, francamente, usted opina que él merece...

- LEON. Yo, la verdad, optaría por usted aun con el apéndice y todo.
- FELIPE. Gracias.
- LEON. Pero ese hombre es terrible. Sabe Dios lo que le habrá contado á Luisa de usted. Yo estoy plenamente convencido de que no le ha dado á usted la cruz para que no tuviese á los ojos de ella ese mérito más.
- FELIPE. Es muy posible.
- LEON. Y hasta le supongo autor de la especie que circula por ahí de que Guadalupe no se ha presentado en los salones despechada por no haber sido usted condecorado.
- FELIPE. ¡Qué hombre!
- LEON. Es capaz de todo. ¡En fin, se atreve á sostener que no le he hecho yo ganar la eleccion por quinientos votos! No le puedo ver ni pintado. Permítame usted, me llama aquella señora. (Se va al extremo derecho, sentándose junto á la Señora 4.<sup>a</sup>, que ocupa el primer término.)
- FELIPE. (No cabe duda; es una alma mezquina y se venga de ese modo rastrero...)
- SRA. 4.<sup>a</sup> (Á Leon.) ¡Pero está realmente enferma?
- LEON. (Á la señora 4.<sup>a</sup>) Goza de una cabal salud. Sino que Gonzalez le habia ofrecido una encomienda á su marido: y como no... (Sigue hablando con ella. El Caballero 1.<sup>o</sup>, que está sentado junto á la Señora 4.<sup>a</sup>, toma un sorbete que le sirve un criado.)
- FELIPE. (¡Son incomprensibles las mujeres! Irse á fijar en ese hombre que no tiene ninguna condicion para agradecer. Me parece que entre él y yo hay alguna diferencia! (Haciendo lo posible por mirarse en un espejo sin ser notado de los demas. Su hijo espia todos sus movimientos.) En primer lugar, más esbeltez, más distincion en la figura. Verdad es que me falta lo principal; una placa aquí; una placa aquí. (Haciendo el movimiento de señalarse el costado izquierdo, y mirándose simultáneamente al espejo, no repara en el Caballero 1.<sup>o</sup> cuyo brazo sacude, á pesar suyo, derribándole el sorbete que tiene en la mano sobre el vestido de la Señora 1.<sup>a</sup>)
- SRA. 1.<sup>a</sup> ¡Ay! (Limpiándose.)

CAB. 1.º Señora, ha sido este caballero quien... (Por Felipe.)

ZAC. (¡Pues es de familia!)

FELIPE. Estoy confundido...

SRA. 1.ª La cosa no vale la pena.

ZAC. (Esforzándose por sonreír.) No es nada! ¡No es nada! (¡Y dicen que los bailes son para divertirse!...)

FELIPE. Tropecé al pasar...

RAMON. (Á su padre.) ¡Sí! Tropezaste! Que te estabas mirando al espejo. Y luégo me riñes á mí...

FELIPE. (Á Ramon.) Niño! Te voy á poner una mordaza! (Á la Señora 1.ª) No sé cómo disculparme con usted. (Continúa hablando con ella.)

COND. (Dirigiéndose á los niños.) Y bien, señores niños, ¿han ustedes ya descansado?

ALGUNOS NIÑOS. Sí, señora.

COND. Pues prepárense ustedes, que á presente van á balar unos pequeños lanseros. (Movimiento en los niños buscando sus parejas.)

CONDE. Vamos, mis niños, que el jefe del orquestro tiene ya la bagueta á la mano.

RAMON. (Á Rosita.) ¿Supongo que esta vez bailarás conmigo?

ROS. Pues, no señor; bailo con Adolfo.

RAMON. ¿Con Adolfo? Eso será lo que tase un sastre.

ADOLFO. Está comprometida.

RAMON. (Á Rosita.) ¿Y por qué no has de bailar conmigo?

ROS. Ya te he dicho que me gusta más Adolfo porque tiene la medalla.

RAMON. (Á Adolfo, encolerizado.) ¿Lo ves? Me desprecia por tu culpa. Si me hubieras dado premio como me dijiste... ¡Pilllo, pilllo!

ADOLFO. Mira, Ramoncito, á mí no me insultes.

NIÑO 1.º (Á Adolfo.) Tú le puedes?

RAMON. ¡Qué me ha de poder!

ADOLFO. Sobre todo, si no tienes medalla no es por culpa mia.

ROS. ¡Por qué no estudia!

ADOLFO. ¡Como eres tan holgazan...

NIÑA 1.ª (Á Ramon.) Le ha llamado á usted holgazan.

- RAMON. ¿Á mí? (Encarándose con Adolfo.) Repítelo, anda, repítelo.  
ADOLFO. ¿Holgazan, sí señor, holgazan!  
RAMON. ¿Yo? Toma. (Le da un bofetón y se ponen á reñir á brazo partido.)  
ADOLFO. ¡Tío! ¡Tío!  
FELIPE. (Conteniendo á su hijo.) Niño!  
LEON. (Id. á su sobrino.) ¡Adolfo!  
ZAC. (Á Rosita.) Cuidado, no te rompan el vestido.  
COND. ¿Qué arriba?  
CONDE. ¡*Mon Dieu!*  
UNOS. ¡Qué escándalo!  
OTROS. ¡Se pegan!  
(Confusion general. Éstas frases son casi simultáneas. Los convidados se levantan de sus asientos, y unos ayudan á separar á los contendientes, mientras otros celebran entre sí lo cómico del suceso. Los niños cuentan á los mayores la causa de la reyerta, y Felipe es el único, que tomando el asunto por lo sério, se muestra muy avergonzado y confuso por ser su hijo el héroe del suceso.)  
COND. *Mais*, ¿por qué se baten ustedes?...  
LEON. ¿Qué ha ocurrido? ¿Te ha estropeado la medalla? (Á Adolfo.)  
NIÑO 1.º Éste que le ha llamado holgazan.  
NIÑA 2.ª No, señor. Es que Rosita era novia de Ramon y Adolfo se la ha quitado.  
NIÑA 1.ª Diga usted que éste (Por Adolfo.) le ha dicho que su mamá no venia al baile porque no le habian dado una cruz á don Felipe.  
CONDE. És presiso que ustedes hasen la pas. (Cada frase de los niños es recibida por los circunstantes con una sourisa. La última produce un rumor sordo.)  
FELIPE. ¡Señores! Estoy corrido, avergonzado. Permítanme ustedes que me retire... (Queriendo llevarse á Ramon.)  
CONDE. (Deteniéndole.) No faltaba que eso!  
COND. ¿Pero hase usted atension á una cosa que es de niños?  
¡Já, já, já! No lo tome usted tan seriamente.  
FELIPE. Se ha propuesto ponerme en ridiculo allá á donde va.  
CAB. 1.º No haga usted caso.  
GONZ. Exagera usted.



- SRA. 2.<sup>a</sup> ¡Da usted demasiada importancia al hecho!
- LUISA. ¡Una niñería! ¡Un detalle puramente cómico!...
- RAMON. (Muy grave.) Papá: ha mancillado mi honor.
- TODOS. ¡Já, já, já!
- ZAC. (Á Rosita.) Ya te decia yo que bailases con el hijo del señor gobernador.
- FELIPE. (Á Ramon.) Más valiera que en vez de volver por él de ese modo, comprendiese usted que con ello es usted quien le mancilla, puesto que estos señores creerán que sus padres no se toman el menor interés por su educacion.
- TODOS. ¡Oh! No.
- CONDE. Pero, mi amigo, ya serán hombres, y comprenderán la rason. Esto es propio á la edad.
- FELIPE. ¡Armar semejante escándalo en una casa donde tan dignamente se le recibe!
- COND. ¡Vaya, vaya! Todo es acabado. Á balar; á balar... (Al Conde.) (*¡Plus d'enfants, mon cher, plus d'enfants!*)
- CONDE. (Á la Condesa.) *Sois tranquille. J'en ai assez.* (Los convidados vuelven á ocupar sus sitios, y algunos niños, entre ellos Ramon, se disponen á bailar.)
- FELIPE. (Viendo á su hijo.) ¡Á dónde va usted?
- RAMON. Toma, á bailar.
- FELIPE. ¡Tenga usted más vergüenza! Cuando un hombre da un espectáculo semejante, se mete en un rincón y no aumenta el ridículo poniéndose á hacer piruetas y cabriolas delante de las gentes. (Le empuja hácia una silla.)
- LEON. (Haciendo lo propio con su sobrino.) Tienes razon, Felipe. Á sentarte tú tambien.
- ZAC. (Llamando á su hijo.) ¡Rosita? Aquí.
- NIÑA. 2.<sup>a</sup> Pues si tú no bailas, yo tampoco. (Se sienta.)
- NIÑA. 1.<sup>a</sup> Ni yo. (Id.)
- NIÑO. 2.<sup>o</sup> Pues yo tampoco. (Id.)
- LOS DEMAS NIÑOS. Ni yo. (Todos los niños se sientan; los convidados celebran la ocurrencia.)
- CONDE. *Mon Dieu, mon Dieu.* ¿Esto es posible?
- COND. Más vale que se apesen un poco los espíritus. Usted tiene la culpa de todo, pequeño pícaro. (Á Felipe, que se sienta á

su lado.) Hase usted un monte de un grano de sable.

FELIPE. No lo crea usted, señora; la prueba es que me rio de ello; pero al pronto no se puede remediar... (Los niños están callados; los convidados hablan, pero en voz baja, como recordando el suceso y sus consecuencias, dejando oír á intervalos las siguientes cortadas frases en los diferentes grupos.)

SRA. 2.<sup>a</sup> Ha tenido gracia.

SRA. 4.<sup>a</sup> Hemos aprendido algo.

CAB. 2.<sup>o</sup> Y se sacudian con alma.

LEON. La otra tarde presencié yo una cachetina yendo á Palacio.

GONZ. Ese niño acabará en un cadalso si no le corrigen. (Gran pausa.)

COND. ¡Pero estamos en un simetiero! ¡Una idea! Mientras los pequenos niños se reposan podiamos balar un poco las grandes personas.

UNOS. Con mucho gusto.

OTROS. Bien pensado.

COND. Pues nada, señores, á buscar una pareco.

(Los caballeros invitan á las señoras, pero sin moverlas de sus asientos. El Conde ocupa un sofá en el primer término de la derecha, teniendo á su lado á Gonzalez; Leon, despues de invitar á Luisa, pasa á la derecha del Conde.)

ZAC. (Á su amigo.) ¿Qué hay de la mancha, Arsenia?

SRA. 1.<sup>a</sup> (Muy incomodada.) ¡Mulas! Tienes unas ocurrencias!

FELIPE. (Á Luisa.) Supongo que me dispensará usted el honor de sevirle de caballero...

LUISA. ¡Ay! Felipe ¡Cuanto lo siento!... Estoy comprometida con el comendador.

FELIPE. ¿Con Leon? Pero usted me habia ofrecido...

LUISA. Dispéñseme usted; yo no indiqué turno... Por otra parte usted comprenderá que en justicia debo hacerlo. (Con marcada intencion.) Si usted ostentase una encomienda en el frac, tambien desearia verla honrada...

FELIPE. (Retirándose despechado.) Tiene usted razon, señora. (El epígrama no puede estar más terminante. Y en realidad esta humillacion no se la debo más que á Gonzalez,

á este hombre funesto que... (Dirigiéndose á él de modo tan marcado, que Gonzalez al verle llegar juzga que trata de decirle alguna cosa, y se vuelve á escucharle ofreciéndole la silla vacía que está á su izquierda y que Felipe ocupa.)

GONZ. Y bien?

FELIPE. Antes... no he recordado decirle á usted (Pensando algo que pretestar.) que... he hablado con el marido de Adélita sobre el asunto de aquellas luces y... no opina como yo.

GONZ. ¿Cómo?

FELIPE. Niega en absoluto su consentimiento.

GONZ. ¿Después de haberme dado su palabra?

FELIPE. (Con intencion.) No es el primero que falta á la suya.

GONZ. Dejando aparte la alusion, yo me refiero al marido de Adelita, á quien ví esta mañana, y de quien obtuve el consentimiento.

FELIPE. ¡Ah! ¿Usted vió á...

GONZ. Sí, señor: y deploro que un pueril resentimiento le ponga á usted en evidencia á mis ojos.

FELIPE. ¡Cómo! ¿Usted cree que... (Agriando el tono por puntos.)

GONZ. Creo que dando poco crédito á mis palabras se venga usted por no ver satisfecha una ridícula vanidad.

FELIPE. ¿Se servirá usted explicarme ese lenguaje?

CONDE. (En voz baja.) Señores, señores! Sean ustedes sabios!

LEON. (Pasando al lado de Felipe.) Calma, Felipe, calma.

GONZ. Puesto que usted lo desea, le diré, que cifrando en un pedazo de metal bastardas aspiraciones, ha juzgado de la virtud de una señora por la pequeñez de sus propios sentimientos.

FELIPE. Usted no sabe que yo pago cuantas lecciones se me dan?

CONDE. *Mais*, señores...

LEON. Por Dios, que no se entere nadie...

GONZ. Pues ponga usted precio á esta. El hombre que desatiende los deberes de la familia, es un infame.

FELIPE. (Arrojándose sobre él y sacudiéndole con violencia.) ¡Miserable!

- TODOS.** ¿Eh? (Haciendo un pequeño movimiento sin acabar de levantarse y volviéndose á sentar al oír la frase con que el Conde riendo palía el incidente.)
- CONDE.** (Fingiéndose.) ¡Já, já, já! ¿Y so como esto? Estuvo gracioso. (Á Gonzalez y Felipe.) Están ustedes en mi casa y les defiende el escándalo.
- FELIPE.** (Al Conde.) Tiene usted razon. (Á Gonzalez, señalando á Leon.) Este caballero se entenderá con quien usted designare.
- LEON.** ¿Yo?
- GONZ.** (Á Felipe.) Puede ponerse á las órdenes del señor Lambert, si me dispensa este obsequio.
- CONDE.** (Á ellos.) Voluntario, voluntario. Pero á presente como si nada habia sucedido. Ustedes quietos aquí. (Dirigiéndose á la Condesa y en alta voz.) Condesa. ¿No se danza? (Se queda hablando con ellas en voz baja. Felipe y Gonzalez ocupan sus puestos sin hablarse, y Leon pasa al primer término opuesto.)
- SRA. 1.<sup>a</sup>** (Con gran interés á Leon.) Diga usted, qué ha sido eso?
- LEON.** Un pequeño incidente.
- CAB. 1.<sup>o</sup>** ¿Pero de consecuencias?
- LEON.** No sabemos aún... (Varios caballeros escuchan y van á llevar la noticia al corro formado en el centro.)
- SRA. 2.<sup>a</sup>** (En el corro del centro hablando con unos caballeros procedentes del de la izquierda.) ¡Ah! Le ha dado un bofetón.
- SRA. 3.<sup>a</sup>** ¡Entónces el caso es grave!
- CAB. 2.<sup>o</sup>** No, si el ruido ya indicaba lo que era. (Varios caballeros del grupo de la derecha han venido á escuchar, y llevan la noticia á su seccion.)
- CAB.** (En el corro de la derecha.) Gonzalez fué el que dió la bofetada.
- SRA. 4.<sup>a</sup>** ¡Ya! Y Felipe el que sacó el revolver?
- CAB. 3.<sup>o</sup>** Eso es.
- CAB. 1.<sup>o</sup>** y **ZAC.** ¡Es verdad!
- COND.** ¡Ea! Señores, á balar. (Dirigiéndose á Felipe.) Usted me servirá de caballero.
- FELIPE.** Con mucho gusto. (La orquesta ejecuta una redowa que bai-

lan Leon con Luisa, Felipe con la Condesa, Gonzalez y el Conde con otras señoras de la reunion, y los demas circunstantes con sus parejas respectivas.)

NIÑO 1.º (Á Ramon.) Por ahí dicen que tu papá y Gonzalez se han pegado de bofetones.

RAMON. Mentira; porque mi papá me ha dicho, que cuando los hombres se pegan no se ponen á bailar para hacer un papel ridículo, y él está bailando.

COND. (Bailando en primer término con Felipe.) Espero que el lance de que me ha hablado el Conde no tendrá efecto.

FELIPE. (Bailando siempre.) Señora, ha mancillado mi honor y yo por nada del mundo me pongo en ridículo.

COND. Y no teme usted ponerse más aun con lo que el mundo invente? (Descansando un momento sin desasirse de los brazos de Felipe; á sazón que Gonzalez con su pareja hace tambien un pequeño alto junto á ellos.)

FELIPE. ¡Condesa! Es preciso batirse.

GONZ. Sí; es preciso.

FELIPE. (Con ira comprimida.) ¡Oh! (Á Gonzalez en el momento de volver á romper el baile con la Condesa.) ¡Á muerte!

GONZ. (Á Felipe, reanudando el baile y cruzándose con él.) ¡Á muerte! (Dése á este juego toda la fuerza cómica posible, y verifiquese diciendo la frase *Á muerte*, en el instante de columpiarse para continuar bailando, á fin de que resalte perfectamente todo el redículo que se desprende de pronunciar una palabra tan grave en momento tan inoportuno. La redowa prosigue y cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



---

## ACTO TERCERO.

---

La misma decoracion del acto primero.

### ESCENA PRIMERA.

GUADALUPE y FELIPE.

- GUAD. Por más que te esfuerces en negarlo, no me cabe duda de que algo te ha sucedido.
- FELIPE. Te repito, Guadalupe, que nada me ha pasado digno de mencion.
- GUAD. Entónces, ¿por qué estás tan cabizbajo? tan triste!
- FELIPE. Estoy como todos los dias. Yo no sé qué quieres que tenga. Como no coja unas castañuelas y me ponga á bailar el bolero por darte gusto...
- GUAD. ¿No te divertiste anoche?
- FELIPE. Mucho. En primer lugar, tu hijo, por no perder la costumbre, me puso en ridículo cuantas veces tuvo ocasion. Despues el espectáculo de que te he hablado; empezar á cachetes con Adolfo como un pillete de playa. En cuanto le eche la vista encima, yo le diré cuántas son cinco.
- GUAD. No, hablando formalmente; es preciso tomar con él una determinacion enérgica. Está muy mal criado.
- FELIPE. Allí le puso el traje hecho una lástima á la pobre Rosita.
- GUAD. ¿Leon seria el héroe de la fiesta?...

- FELIPE. No sé, hija; me aburrí tanto, que no tuve humor de fijarme en... Luégo sin saber qué decir á las gentes para cohonestar tu ausencia... Te suplico que no repitas esos arranques de mal humor.
- GUAD. Lo siento, Felipe; pero tengo ya formada mi resolución, y mientras no te crucen...
- FELIPE. (La cara ya la tuve anoche bien expuesta.)
- GUAD. Por supuesto, no cuentes conmigo para el concierto del martes.
- FELIPE. (¡Sabe Dios dónde estaré yo el martes!) Mujer, yo quisiera ir...
- GUAD. Irás solo.
- FELIPE. ¿Pero es que pretendes que solicite una condecoracion anunciándome en los periódicos como las amas de cria?
- GUAD. Hazlo como quieras: pero hazlo. Yo quiero verte con una cruz.
- FELIPE. Pues mañana me colgaré de la levita la partida de matrimonio, y te convencerás de que no la hay más pesada que la de la real y distinguida órden de doña Guadalupe.

## ESCENA II.

DICHOS y RAMONCITO.

- FELIPE. (Viéndole.) Cómo! ¿No has ido tú hoy al colegio?
- RAMON. No.
- GUAD. Estaria cansado de anoche.
- RAMON. Es que tampoco quiero volver mas.
- FELIPE. ¡Bravo! ¿Y se puede saber la causa?
- RAMON. Porque no quiero encontrarme con Adolfo.
- GUAD. ¡Hombre! ¿Aún le guardas rencor?
- RAMON. Rencor, no; anoche ya me desahugué.
- FELIPE. Entónces...
- RAMON. Es... que tengo miedo de que me pegue.
- GUAD. ¡Jesús!
- FELIPE. ¿Despues de haberle dado tú de mogicones?
- RAMON. Sí, pero eso lo hice porque estaba Rosita delante y no quise que me creyera un cobardon.



- FELIPE. No está mal. Es decir que por vanidad se puede uno dejar romper la crisma, pero luégo...
- GUAD. No le falta razon...
- RAMON. Es que Adolfito tiene mucha fuerza y si quiere me aplasta de un puñetazo.
- FELIPE. ¡Vanidoso y cobarde! Bien, me gusta.
- RAMON. Es claro, como tú no has de llevar los golpes!... Á fe, á fe, que si tuvieras que batirte con álguien no te haria gracia el pensar que tu enemigo te podia meter la espada por la barriga.
- FELIPE. ¡Ay! (Contrayéndose como si experimentase el dolor.) ¡Ay! Dios mio! Calla, calla. Prefiero que te llamen cobarde.
- GUAD. (Á su marido.) Yo no sé cómo sois los hombres, que se os importa un bledo de la vida.
- FELIPE. No hay más remedio. El valor el hombre lo que el rubor á la mujer; ó se tiene ó se finge. Este le dió anoche de bofetones á Adolfito porque le llamó holgazan, y debe sufrir las consecuencias ya que no supo contenerse cuando, en resúmen, le decian una verdad como un templo.
- GUAD. Vamos, que si á tí te hubiesen hecho la ofensa, por más verdad que encerrase, no hubieras dejado de pedir satisfaccion.
- FELIPE. Es claro.
- GUAD. Y con todo, hoy no estarias tan alegre al pensar que podian dejarte tieso de un balazo.
- FELIPE. (¡Dale con los augurios!)
- GUAD. No, no, hijo de mis entrañas. Tú y yo iremos á casa de Adolfito y verás cómo todo se compone.
- FELIPE. Pues, no señor. Se pondrá el sombrero y se vendrá conmigo al colegio.
- RAMON. (Esquivándole.) ¡Ay! No, no, papá.
- GUAD. Déjale, Felipe, cuando sea hombre ya será valiente.
- FELIPE. (Tratando de cogerle.) No faltaba otra cosa.
- LEON. (Entrando á remolque á su sobrino, que pugna por retroceder.) Vamos, entra, entra...
- RAMON. (Viéndole.) ¡Ay! ¡Adolfito! (Váse corriendo á su cuarto.)

### ESCENA III.

GUADALUPE, FELIPE, LEON y ADOLFO.

ADOLFO. (Tirando de su tío.) ¿Lo ves? Vámonos, que ha ido por el revolver que se quería comprar para matarme.

FELIPE. Pero ¿qué es eso?

LEON. Mi sobrino, que tiene un miedo cerval de presentarse ante su hijo de usted.

GUAD. También este...

FELIPE. ¿Es posible?

LEON. No ha consentido de ningún modo en que le llevaran al colegio, y sólo yendo yo en persona á ver al director para arreglar cierto asunto pendiente con Ramoncito, de que éste (Por Adolfo.) me ha enterado, ha accedido á venir á esta casa, si bien desde el portal ya quería retroceder.

FELIPE. Pues lo mismo nos pasa con el nuestro.

ADOLFO. (Envalentonándose.) ¡Ah! ¡Conque me teme?

GUAD. En cuanto ha visto á Adolfo se ha echado á correr como un gamo creyendo que iba á pegarle.

LEON. No está mal.

ADOLFO. (Gritando desde la puerta por donde se fué Ramoncito.) ¿Por qué te escondes, gallina? Sal, cobarde, que aquí te aguardo.

LEON. Ahora gallea por lo que les ha oído á ustedes.

ADOLFO. (Retrocediendo asustado.) ¡Ay! que viene...

FELIPE. ¡Qué feo! ¡Qué feo es eso!...

LEON. Y tanto.

GUAD. Ustedes profesen las teorías que gusten; yo sigo mi sistema. Ven, hijo mio, ven y lo arreglaremos todo en paz y en gracia de Dios.

ADOLFO. ¿Y si me pega?

GUAD. ¡Qué te ha de pegar, tonto!

LEON. Anda, babiaca.

FELIPE. No las tiene todas consigo.

ADOLFO. (Á Guadalupe.) ¿Se ha comprado el revolver?

GUAD. No.

ADOLFO. (Retroeediendo.) La cortina se mueve.

GUAD. Es del viento. Ven.

ADOLFO. Usted delante será mejor. (Váse con Guadalupe haciéndola pasar delante y escondiéndose entre los pliegues de la falda.)

## ESCENA IV.

FELIPE y LEON.

FELIPE. Y bien, Leon, ¿Ha visto usted á Mr. Lambert?

LEON. No, pienso ir dentro de unos instantes.

FELIPE. Es preciso que hoy mismo quede terminado ese asunto. ¿Creo no haber apelado vanamente á la amistad de usted?

LEON. ¡Hombre! Por Dios; habíamos de dejar que se matasen ustedes por una fruslería?...

FELIPE. Usted ya sabe que en los primeros momentos uno no es dueño de sí mismo...

LEON. Y que la frase no fué tan injuriosa como usted supuso. Gonzalez habló en tésis general de los maridos que olvidan sus deberes, pero eso no era decir que usted fuese uno de tantos.

FELIPE. Es verdad.

LEON. Nada, nada; esté usted tranquilo, que la cosa no traerá consecuencias.

FELIPE.. ¡Ay! Qué peso me quita usted de encima. No crea usted que es miedo, de ningun modo; sino que en circunstancias, así extremas, se le ocurre á uno la familia, la orfandad en que puede sumir á sus hijos si el adversario tiene la fortuna de atravesarle á uno de una estocada.

LEON. Es natural. En fin, yo le respondo á usted de que saldremos del paso con un desafío á primera sangre.

FELIPE. (Asombrado.) ¡Cómo!

LEON. No sea usted exigente. Basta con eso para lavar la ofensa.

FELIPE. No, si es que me parece demasiado...

LEON. ¿Á Primera sangre?

- FELIPE. Sí; porque puede ser la última, si me la saca de los pulmones ó del cerebro.
- LEON. ¡Hombre! Si eso es el a b c de los desafíos.
- FELIPE. Pues crea usted que maldito lo que deseo aprender ese alfabeto. Nos podemos matar por equivocacion queriendo hacernos un rasguño y luégo... yo no me podría consolar de la muerte de Gonzalez.
- LEON. No. Con sables despuntados y sin filo...
- FELIPE. Eso es una ridiculez. ¿Hemos de ir á batirnos con la espada de Bernardo? Las cosas se hacen de veras ó no se hacen.
- LEON. Si es que usted rehuye el lance...
- FELIPE. Yo no es que tenga miedo; sino que me hace poquísimá gracia el ir á que me dividan de un tajo, por haber oido una frase que, en honor de la verdad, no carecia de razon.
- LEON. Si usted prefiere humillarse á su adversario dándole semejantes explicaciones...
- FELIPE. Eso tampoco.
- LEON. Pues, Felipe...
- FELIPE. ¿Entónces de qué sirven ustedes los padrinos? Si no son buenos más que para asistir al espectáculo, con anunciar el duelo en la plaza de los toros á beneficio de la familia del perjudicado, se sacaría muchísimo más provecho. En vez de evitar la colision, hacen ustedes como los aficionados á las peleas de gallos, que cometen heregías con los contendientes para estimularlos á la lucha por el solo placer de exclamar al oír un victorioso *quiriquí*: «Ese es mi gallo.»
- LEON. En fin yo veré á Mr. Lambert y...
- FELIPE. Ahora no vaya á usted á decirle que yo...
- LEON. ¡Quiere usted callar! ¿Y Guadalupe, tiene noticia de lo ocurrido?
- FELIPE. Ni la menor sospecha. ¡Por Dios que no se le escape á usted!...
- LEON. No soy ningun niño.

## ESCENA V.

DICHOS y GUADALUPE.

- GUAD. Felipe. Á ver si tú puedes convencer á Ramon.  
FELIPE. ¿Pues?..  
GUAD. Que huyendo se ha metido debajo de la cama, y no le puedo sacar de allí por observaciones que le hago...  
LEON. ¡Já, já, já!  
FELIPF. ¿Y Adolfo?  
GUAD. Escondido entre los pliegues de las cortinas del salon.  
FELIPE. ¡Qué par de héroes! (Á Leon.) Dispénseme usted un momento... (Váse.)  
LEON. Vaya usted, vaya usted...

## ESCENA VI.

GUADALUPE y LEON.

- LEON. ¡Qué chicos!  
GUAD. Crea usted que el mio me hace pasar unos ratos...  
LEON. Es muy travieso. Anoche sentí mucho que nos privase usted de su presencia; pero por otra parte me alegré, porque hubiera usted sufrido indudablemente.  
GUAD. Ya me ha contado Felipe algunas de sus gracias.  
LEON. Su padre estaba volado, y como el pobre tenia cosas más sérias en que pensar...  
GUAD. ¿Cómo? (Sobresaltada.)  
LEON. ¡Ay! No. Quiero decir que...  
GUAD. No, no; Leon. Ustedes me ocultan algo...  
LEON. Crea usted que...  
GUAD. La tristeza de mi marido; la frase que inadvertidamente ha dejado usted escapar... ¡Por Dios! Hable usted.  
LEON. ¡Señora! es muy grave...  
GUAD. Se lo suplico.  
LEON. Pues bien. Resérveselo usted, pero sepa que Felipe tiene un duelo pendiente con Gonzalez.  
GUAD. (Horrorizada.) ¡Jesús!

- LEON. Tranquílcese usted, que veremos de arreglarlo.  
GUAD. Pero ¿por qué ha sido? ¡Ay! Yo no sé lo que me pasa.  
LEON. Por celos; Felipe ha sabido que Gonzalez tenia sobre usted miras poco honrosas y...  
GUAD. ¿Quién ha inventado semejante calumnia?  
LEON. Eso es lo que yo me pregunto. ¿Quién lo ha inventado?  
GUAD. Ese hombre no ha hecho más que usar conmigo de galanterías triviales; y de haberse permitido el menor abuso, sabe Felipe que su mujer le hubiera mantenido á los límites de la conveniencia.  
LEON. Si eso no cabe en cabeza humana. ¡Una señora tan digna como usted! ¡Tan buena esposa! ¡Tan buena madre! ¡Vamos! Hay lenguas viperinas que...  
GUAD. Corro á decirle que eso es absurdo; que ese desafío no puede tener lugar.  
LEON. No. Deténgase usted; no le diga una palabra, porque podria usted comprometer el buen resultado que me propongo. Yo estoy encargado de las negociaciones, y le aseguro á usted que su marido no se batirá.  
GUAD. ¿De veras?  
LEON. ¿De qué serviríamos entónces los padrinos?  
GUAD. Bien, no despegaré mis labios; pero déjeme usted al ménos que no me separe de su lado, que espie todos sus movimientos, que impida, en fin, que acuda á esa cita de muerte.  
LEON. Mucha prudencia!  
GUAD. ¡Oh! Callaré, callaré. (Váse.)  
LEON. ¡Ya decia yo que Guadalupe no podia hacerle caso!

## ESCENA VII.

LEON y el CONDE.

- LEON. (Viéndole.) ¡Oh! Monsieur Lambert!  
CONDE. Se me ha dicho en casa de usted que era usted venido aquí.  
LEON. Dentro de un instante pensaba yo ir á la suya.  
CONDE. ¿Y don Filipe?

LEON. Por allá adentro bregando con su hijo.

CONDE. ¡Ah! Ese caballerito es un pequeño polisonte. ¿Vió usted anoche qué tepaje?

LEON. No fué malo el escándalo que dierop los dos.

CONDE. Á propósito de nuestro negocio. ¿Me parece que usted será del mismo aviso que yo? Esos hombres se son llamados en duelo por una tontería, y nosotros debemos defender que vayan al terreno.

LEON. Tal es mi opinion.

CONDE. Haremos todo nuestro posible.

LEON. Yo le respondo á usted del éxito por mi parte; porque, y reservéelo usted, pues sólo se lo digo para facilitar nuestros medios de accion, Felipe no me parece que está muy inclinado á tomar las armas para defender su honra.

CONDE. ¿Es posible esto?

LEON. Creo, en una palabra, que tiene miedo.

CONDE. *Mon Dieu, mon Dieu, mon Dieu!* ¡Si me susede á mí la misma cosa con el señor de Gonsales!

LEON. ¿De veras?

CONDE. Por tanto, usted no diga nada!...

LEON. ¡Oh!

CONDE. Sabe usted qué haseremos? Trair aquí á Gonsales, y qui se entienda con don Filipe.

LEON. No querá venir.

CONDE. Usted me acompañará, y entre los dus buscaremos un pretexto. Se puede desirle que Guadalupe se duda del desafío, y que por quitar sospechas conviene... En fin, no importa qué, pero yo no tolero que nos jueguen de la suerte hasiéndonos blanco del ridículo del mundo.

LEON. Como usted guste, estoy á sus órdenes.

## ESCENA VIII.

DICHOS, GUADALUPE y FELIPE.

FELIPE. Ahora dejémoslos solos, que ellos secompondrán. (Viene do al Conde.) ¡Oh! Monsieur Lambert.

CONDE. Buenos dias, y adios. Soy venido solamente pur buscar Leon.

GUAD. ¿Tan pronto nos deja usted?

CONDE. Reviendrémos, reviendrémos. (Á Guadalupe.) Anoche, señora, la hemos sentido á usted mucho. (Se quedan hablando en voz baja.)

LEON. (Ap. á Felipe.) Le advierto á usted que Guadalupe lo sabe todo.

FELIPE. ¡Cómo!

LEON. Conoce perfectamente la verdadera causa del duelo.

FELIPE. Pero quién ha podido?

CONDE. (Á Leon.) Vamos, señor?

LEON. Cuando usted mande.

CONDE. (Despidiéndose.) Señora, don Filipe, á muy pronto.

LEON. (Despidiéndose.) ¡Guadalupe! (Ap. á ella.) Ni una palabra. ¿Eh? Adios, Felipe. (Alto á éste dándole la mano.)

FELIPE. (Ap. á Leon interrogándole.) Pero...

LEON. (Ap. á Felipe.) Todo; lo sabe todo. (Váse con el Conde.)

## ESCENA XI.

GUADALUPE y FELIPE.

FELIPE. (Ya no podia ella ver á Luisa ni pintada, con que ahora no sé si, con razon, me pondrá de vuelta y media.

GUAD. (Muy cariñosa.) ¡Felipe!

FELIPE. ¡Guadalupe! (Extrañando.)

GUAD. Siéntate aquí, á mi lado. (Se sientan los dos.)

FELIPE. (Pues señor, no lo entiendo.)

GUAD. Debía estar muy enfadada contigo; pero te quiero tanto, que paso en silencio el daño que me infieres para no ocuparme sino del que tú experimentas.

FELIPE. (Conmovido.) ¡Pobrecilla! ¡Qué alma tan angelical!... Olvida lo de Luisa para atender tan sólo al riesgo en que me hallo.) Créeme, hija mia, que aprecio en todo lo que vale tu abnegacion.

GUAD. Mira. Yo sé lo que sois los hombres, y conozco que muchas veces no podeis dominar vuestros instintos.



- FELIPE. Tienes razon; nos dejamos resbalar insensiblemente y... damos al olvido que tenemos deberes más sagrados que cumplir.
- GUAD. Yo comprendo que la sociedad lo exige así; que lo han llegado á mirar como artículo de moda.
- FELIPE. Sí; hoy al que no tiene algun... belen de esos se le mira por encima del hombro!...
- GUAD. Y si lo pensarais friamente ¿cómo es posible que no os contuvierais?...
- FELIPE. ¡Toma! Si se pudiera pensar friamente...
- GUAD. Sólo con acordarse del perjuicio que puede acarrear á una familia!...
- FELIPE. No; si cuanto digas es el Evangelio.
- GUAD. (Llorando.) Felipe; ¡por Dios, no te batas!
- FELIPE. Vamos, vamos, tontuela.
- GUAD. Si tengo una angustia desde que lo sé...
- FELIPE. Serénate, serénate, que yo haré por darte gusto.
- GUAD. ¡Si me privasen de tí por una causa tan mezquina; por culpa de una persona que tan poco vale comparada contigo!...
- FELIPE. (¡Vamos! Me avergüenza! Tiene un corazon de oro.) Sí, hija mia, sí; he cometido un error del que me arrepiento con toda mi alma.
- GUAD. ¡Si hubiera razon para ello!...
- FELIPE. En efecto, no la hay.
- GUAD. Pero señor, no ha pasado de galanterías.
- FELIPE. Pretensiones; ni más ni menos que pretensiones...
- GUAD. Pero rechazadas.
- FELIPE. ¡Ah! Desde luégo, de otro modo ya habria motivo para... ¡Nada! Que se nos van los piés á los hombres y creemos que en todas partes...
- GUAD. Ya ves: tú mismo lo confiesas...
- FELIPE. Sí, y avergonzado, porque acabas de enseñarme todo el tesoro de bondad que encierra tu corazon. ¡Necio de mí! Hacerte llorar por correr trás de una mujer que no sirve para descalzarte.
- GUAD. ¡Cómo! (Comprendiendo su error.)

- FELIPE. Todo porque se viste muy bien y lleva unos trajes muy descotados.
- GUAD. (Con mal reprimida impaciencia.) Pero...
- FELIPE. Yo te juro que no vuelvo á acordarme más del santo del nombre de Luisa.
- GUAD. Luisa! (Estallando.) ¡Conque era ella! ¡Tú te batías por...
- FELIPE. (¡Ay! ¡Malo! ¡Qué es esto?) Pero Guadalupe...
- GUAD. Y Leon me decia que era por tus ridículos celos de Gonzalez.
- FELIPE. Leon? Pues si él me dijo que....
- GUAD. Y para esto se nos hace guardadoras del honor de nuestros maridos?...
- FELIPE. ¡Mujer!
- GUAD. Para que ellos despilfarren en una hora de libertad las economías que una hace en once años de cautiverio.
- FELIPE. ¡Guadalupe! tranquilízate, hija. (Pues no era mala abnegacion la que yo le supuse.)
- GUAD. Tranquilizarme? No, Felipe, todo ha concluido entre nosotros.
- FELIPE. Tú exageras.
- GUAD. Mañana mismo entablo la demanda de divorcio.
- FELIPE. Vamos, dale un abrazo á tu marido y perdónale; no lo hará más.
- GUAD. (Rechazándole.) Déjeme usted, déjeme usted. (Llorando.)
- FELIPE. ¡Pero esto es demasiado! Pues si en vez de pretensiones hubieran sido dádivas ¿qué harías?...
- GUAD. ¡Oh! ¡Te mataria! (Amenazándole con las manos crispadas. Váse.)
- FELIPE. (Viendo marchar á su mujer y abandonándose al coraje tras un momento de reflexion.) ¡Hombre! ¿Dónde encontraria yo á Leon? ¡Qué lástima que no esté aquí Leon!

## ESCENA X.

DICHOS, LEON, GONZALEZ y el CONDE.

- FELIPE. (Viendo á Leon, que entra el primero.) ¡Ah! Héle aquí. (Gonzalez en mi casa?) ¡Caballero!

- GONZ. (Á Felipe.) Le extrañará á usted sin duda alguna mi presencia en este sitio?
- FELIPE. Ciertamente. Pero puede tomar usted asiento, porque las cuestiones personales no excluyen los deberes de la cortesía.
- GONZ. Gracias. (Se sientan todos.)
- LEON. (Ap. á Felipe.) Le advierto á usted que Gonzalez no está dispuesto á batirse.
- FELIPE. (¡Ah! ¿Sí? Bueno es saberlo.)
- GONZ. Mr. Lambert me ha indicado la conveniencia de esta visita, y yo deseando darle á usted una prueba de que no...
- CONDE. (Ap. á Gonzalez.) ¡Hombre! ¡No se deje usted ir! Un poco más de coraje, que ya le he dicho á usted que el enemigo no es un Bayardo.
- FELIPE. Respetando las razones que haya tenido este caballero, (Por el Conde.) ignoro por mi parte...
- CONDE. Y bien, don Felipe; quitémonos el máscara. Es una pequeña farsa que yo he jugado porque ustedes tenían una entrevista y arreglaban el negocio con pas.
- LEON. Sí, señores; es muy doloroso que por cuatro palabras altisonantes dichas inconscientemente, se prive á la sociedad de una persona tan apreciablesima como cualquiera de entrambos. ¿No opinan ustedes lo mismo en el fondo de su conciencia?
- GONZ. Por mi parte confieso que me seria muy doloroso teñir mi espada con sangre de uno que se llamó mi amigo.
- FELIPE. No cedo á nadie la primacía respecto á hidalgos sentimientos; pero ustedes comprenderán que cuando se arrojan á la faz de un hombre honrado frases tan injuriosas como las de ayer, no hay explicaciones posibles. Ciertas ofensas sólo se lavan con sangre, y es preciso que la de uno de nosotros se vierta en el campo del honor. (Ap. á Leon.) Ahora usted opóngase tenazmente.
- CONDE. ¡Hombre! ¡Hombre!
- LEON. Felipe, Felipe. Modifique un poco sus exigencias en gracia de nuestros ruegos.
- FELIPE. (Ap. á Leon.) (Así, así va bien.) No insista usted, porque

me veré en el caso de desatender sus súplicas. He dicho á muerte y á muerte ha de ser.

LEON. Al menos á primera sangre.

FELIPE. (Asustado.) NO, ESO NO. (Habla en voz baja con Leon.)

GONZ. (Ap. al Conde.) Ya oye usted. ¿Qué partido tomar si no se aviene ni á que nos rompamos una pierna.

CONDE. (Ap. á Gonzalez.) Mi aviso es que debe usted hablarle gordas palabras porque otramante es jugar un rol ridículo. Para seder jamás no es tarde.)

GONZ. (Ap. al Conde.) Tiene usted razon. Sacaré fuerzas de flaqueza.) Yo sentiria que el señor Carvajal hubiera supuesto ni por un instante que yo trataba con mis palabras conciliatorias de rehuir un dúelo que, nadie sino yo, tiene aquí derecho á exigir.

FELIPE. (Temeroso.) (¿Eh?)

GONZ. (Creo que ha vacilado.) Por consiguiente seria ocioso el prolongar más esta sesion cuando al parecer estamos perfectamente acordes. Indiquen ustedes... sitio y armas y empleemos el tiempo en tarea más útil. Mr. Lambert, ¿comerá usted conmigo?

CONDE. (Ap. á Gonzalez.) ¡Bravo! ¡Á maravilla! (Se queda hablando en voz baja con Gonzalez.)

FELIPE. (Ap. á Leon.) ¡Pues no es mal miedo el que me tiene.

LEON. (Ap. á Felipe.) Mr. Lambert me dijo...

FELIPE. (Ap. Leon.) Usted siempre entiende las cosas al revés. Un hombre que se ocupa de la comida en víspera de un duelo á muerte...

GONZ. (Al Conde levantándose.) ¿Vamos?

FELIPE. (Desconcertado.) Un momento, un momento. Yo no acostumbro á ceder en mis pretensiones; pero cuando se cruzan personas tan dignas de respeto como...

GONZ. (¡Qué blando está!)

FELIPE. Podian mediar explicaciones de tal naturaleza... que mi honor puesto á salvo...

GONZ. Se las daré á usted cumplidas sobre el terreno.

FELIPE. No vaya usted á creer que yo hago un empeño irrevocable en batirme...

GONZ. Lo hago yo y es lo mismo.

CONDE. (Ap. á Gonzalez.) No tire usted mucho demasiado...

FELIPE. Pero reñir un amigo... con la espada de su... (Ap. á Leon.) ¡Hombre, diga usted algo!

LEON. Si al ménos á primera sangre...

FELIPE. (Este zoquete piensa que batirse á primera sangre es como arrancarse la primera muela!) No señor. Para eso á muerte.

GONZ. (¡Demonio! ¡Lo eché á perder!)

FELIPE. (Mi mujer se divorcia; este me pega un tiro y... dominó.)

### ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y GUADALUPE, á poco ADOLFITO y RAMONCITO. Éste con una medalla en la chaqueta.

GUAD. (Entrando muy decidida.) Acabo de leer la Novísima Recopilacion y... Ay! (Viéndolos.) ustedes dispensen. He venido á molestar. (Gonzalez aquí?)

CONDE. Nada de eso, señora; nosotros estabamos en tren de partir...

GONZ. (Saludando.) ¡Señora!

RAMON. ¡Papá! Papá!

FELIPE. ¿Qué es eso? ¿Venís á daros una nueva cachetina delante de nosotros?

ADOLFO. ¡Que! Si ya somos amigos.

LEON. ¡Hombre!

FELIPE. ¿Pues cómo?...

GUAD. ¿Qué milagro es ese?...

RAMON. Es más buen chico Adolfo! Ha hecho que su tío fuera al colegio y le dijese al director que el *mal* que me puso el otro dia, me lo habia dado equivocadamente. Que era *bien*, y que debia darme una medalla... Y... mírala. Él mismo me la ha traído. ¡Yo le quiero más!... (Abrazándole.)

FELIPE. ¡Vaya! Lo celebro. Hace un instante no se podian ver, y merced á la concesion de la medalla están ahora á partir un piñon!... Qué poco fundamento tienen los chicos!

- LEON. La edad...
- CONDE. Ya devendrán hombres, y entónces...
- GUAD. (Harán lo mismo.)
- RAMON. ¡Qué contento estoy!
- FELIPE. La cosa no es para ménos.
- ADOLFO. Es que... ademas... (Á Ramon.) ¿Lo digo?
- RAMON. No!
- GUAD. ¿Qué es?
- ADOLFO. Anda, sí, tonto.
- FELIPE. Dílo.
- ADOLFO. Que Rosita le ha pasado una carta por la cesta del balcon.
- GUAD. ¿Á verla?
- RAMON. ¿Para qué?
- FELIPE. Dásela á tu madre, hombre. (Ramon le da á su madre una cartita pequeñita.)
- GUAD. (Leyendo.) «Mi cerido Ramoncito.»
- TODOS. ¡Já! já! já!
- GUAD. (Leyendo.) «Lla no ciero á Adolfito por ce mi papá dice ce es un botarate como su tio.»
- TODOS. ¡Hola!
- LEON. Pues me gusta la...
- GUAD. (Leyendo.) «Y ce que tú eres más rico ce él.»
- FELIPE. Bien! ¡Sanos consejos!
- GUAD. (Leyendo.) «Te bisto lame dalla. Si tú cieres ce aguamos las paces, agua molas. Tuya de coracon Rosita.»
- TODOS. ¡Já! já! já!
- FELIPE. Esa es otra que bien baila.
- CONDE. (Riendo.) ¿Es su amorosa?
- FELIPE. Más libros, más libros, y ménos noviajos...
- RAMON. (Á Adolfo.) ¿Vamos á jugar?
- ADOLFO. Vamos! (Se van haciendo diabluras.)
- CONDE. (Á Gonzalez.) Señor de Gonsales ¿Quitaremos ya estos señores?...
- GONZ. Cuando usted guste.
- CONDE. (Despidiéndose.) ¡Guadalupe!...
- GUAD. Adios, Mr. Lambert.

- GONZ. (Saludándola.) ¡Señora!
- CONDE. ¡Don Filipe! (Dándole la mano.)
- GUAD. (Á Gonzalez.) Beso á usted la inano.
- GONZ. ¡Señor de Carvajal!... (Hace una inclinación de cabeza para saludarle, y de pronto, como recordando algo, saca un pliego del bolsillo y se lo entrega.) ¡Ah! dispéñeme usted... se me olvidaba... Tome usted.
- FELIPE. (Tomándolo.) ¿Qué es esto?
- GONZ. (Ap. á Felipe.) No quiero yo que en vísperas de un duelo pueda usted suponer que voy al combate con mezquinas ideas de venganza... (Se retira y habla en voz baja con Leon y el Conde.)
- GUAD. (Ap. á su marido.) ¿Qué pliego es ese?
- FELIPE. (Abriéndole.) ¡Oh! (Ap. á su mujer en el colmo de la alegría.) La credencial de comendador de número de Carlos tercero.
- GUAD. (Ap. á Felipe.) ¿De veras?
- LEON. (Á Gonzalez, con gran interés.) ¡Hombre! es preciso que eso concluya.
- CONDE. (Lo mismo.) Sí; metiendo un poco de buena voluntad.
- FELIPE. (Ap. á su mujer.) ¡Vamos! Fuera de todo, no se puede negar que Gonzalez es un cumplido caballero!
- GUAD. (Á su marido.) Eso sí.
- FELIPE. (Á Guadalupe.) Ya ves qué atención tan delicada!...
- GUAD. (Á Felipe.) Mucho...
- FELIPE. (Llamando ap. á Gonzalez.) Señor de Gonzalez, las circunstancias en que nos hallamos, me obligan á rehusar su oferta, á ménos que usted, dada la paridad de nuestras respectivas posiciones, no acepte la... concesión de aquellas luces... con cuyo peso no quisiera presentarme en la palestra.
- LEON. (Ap. á Felipe.) No es esta ocasión de andar con susceptibilidades. Acepto.
- CONDE. (Á Gonzalez.) ¿Partimos?
- GONZ. Sí.
- CONDE. (Á todos.) ¡Ea, adios!
- LEON. (Al Conde.) Arreglémoslo al ménos á primera...

- GONZ. (Medio tendiéndole la mano á Felipe.) ¡Ah! mil gracias, Carvajal...
- FELIPE. Lo mismo digo... que no quita lo cortés á lo... (Tomándole la mano.)
- CONDE. (Ap. á los dos con gran interés, viéndolos con las manos cogidas.) ¡Vamos! Ya han cogido ustedes sus manos... ¡Qué caramba!...
- LEON. (Redoblando su eficacia.) Aquí debe concluirse todo...
- CONDE. (Id.) ¡Abrásense ustedes!
- LEON. (Lo mismo.) ¡Es un momento! ¡Es un arranque!...
- CONDE. (Id.) ¡Todo estando de amigos!...
- LEON. Los dos son ustedes hidalgos... (Felipe y Gonzalez, que titubeaban mirándose con cara de compasion, concluyen por estrecharse entre los brazos á excitacion de los otros.)
- FELIPE. ¡Gonzalez!
- GONZ. ¡Felipe! (Simultáneamente.)
- CONDE. ¡Ay! Gracias á Dios!
- LEON. (¡No nos ha costado poco!)
- CONDE. (Felicitando á Gonzalez.) ¡Vamos! Que los tenga usted muy felises.
- GONZ. Gracias.
- LEON. (Á Felipe.) Sea enhorabuena! (Leon, Gonzalez y el Conde hablan aparte.)
- GUAD. (Á su marido, oyendo la felicitacion de Leon.) ¿De qué?
- FELIPE. (Fuera de sí de gozo.) De que ya nó nos batimos.
- GUAD. (Lo mismo.) ¡Ay! ¡Qué alegría! (Á su marido.) Ahora sí que iré á gusto al concierto del viernes.
- FELIPE. (Á Guadalupe.) ¡Hola! ¿Pues y el divorcio?
- GUAD. (Imitando la lectura de la carta de Rosita.) «Si tú cieres ce aguamos las paces...»
- FELIPE. ¡Ah! ¡Lo comprendo! (Imitando á su vez la carta, y mostrando la credencial.) «Te visto lame dalla!...»
- GUAD. ¡Qué quieres, hijo: no somos más que UNOS NIÑOS GRANDES.

FIN DE LA COMEDIA.







unda cenicienta.  
 re una.  
 za del almadrano.  
 triotas.  
 zos del vicio.  
 olinos de viento.  
 nda de Correlargo.  
 iz de oro.  
 a del regimiento.  
 sas de mi mujer.  
 en hijos.  
 as madres.  
 a del Rey René.  
 tremos.  
 teta de Murillo.  
 tinera.  
 nganza de Catana.  
 rquesita.  
 vela de la vida.  
 e de Garau.  
 ve sin piloto.  
 migos.  
 lia en el campamento, ó  
 as de Africa.  
 iados.  
 balleros de la niebla.  
 ala de matrimonio.  
 re de Babel.  
 za del gallo.  
 s obediencia.  
 ena alhaja.  
 a mimada.  
 aridos (refundida.)  
 ma.  
 e ojo.  
 y mi sobrina.  
 Zurbano.  
 y Maria.  
 d en 1818.  
 l á vista de pájaro.  
 obre hojuelas.  
 es de Polonia.  
 l ó la Emparedada.

Miserias de aldea.  
 Mi mujer y el primo.  
 Negro y Blanco.  
 Ninguno se entiende, ó un hom-  
 bre tímido.  
 Nobleza contra nobleza.  
 No es todo oro lo que reluce.  
 No lo quiero saber.  
 Nativa.  
 Olimpia.  
 Proposito de enmienda.  
 Pescar á rio revuelto.  
 Por ella y por el.  
 Para heridas las de honor, ó el  
 desagravio del Cid.  
 Por la puerta del jardin.  
 Poderoso caballero es D. Dinero.  
 Pecados veniales.  
 Premio y castigo, ó la conquista  
 de Ronda.  
 Por una pension.  
 Para dos perdices, dos.  
 Prestamos sobre la honra.  
 Para mentir las mujeres.  
 ¡Que convidó al Coronel!..  
 Quien mucho abarca.  
 ¡Que snerte la mia!  
 ¿Quién es el autor?  
 ¿Quién es el padre?  
 Rebeca.  
 Ribal y amigo.  
 Rosita.  
 Su imagen.  
 Se salvó el honor.  
 Sauto y peana.  
 San Isidro (*Patron de Madrid.*)  
 Sueños de amor y ambicion.  
 Sin prueba plena.  
 Sobresaltos de un marido.  
 Si la mula fuera bucha.  
 Tales padres, tales hijos.  
 Traidor, inconfeso y mártir.

Trabajar por cuenta ajena.  
 Tod unos.  
 Torbellino!  
 Unamor á la moda.  
 Una conjuracion temenina  
 Un dómine como hay pocos  
 Un pollito en calzas prietas.  
 Un huesped del otro mundo.  
 Una venganza leal.  
 Una coincidencia alfabética.  
 Una noche en blanco.  
 Uno de tantos.  
 En marido en eusrte.  
 Una leccion reservada.  
 Un marido sustuto.  
 Una equivoacion.  
 Un retrato á quemarropa  
 ¡Un Tiberio!  
 Un lobo y una raposa.  
 Una renta vitalicia.  
 Una llave y un sombrero.  
 Una mentira inocente.  
 Una mujer misteriosa.  
 Una leccion de corte.  
 Una falta.  
 Un paje y un caballero  
 Un si y un no.  
 Una lágrima y un beso.  
 Una leccion de mundo.  
 Una mujer de historia.  
 Una herencia completa.  
 Un hombre fino.  
 Una poetisa y su marido.  
 ¡Un regicidal!  
 Un marido cogido por los cabe-  
 llos.  
 Un estudiante novel.  
 Un hombre del siglo.  
 Un viejo pollo.  
 Ver y no ver.  
 Zamarrilla, ó los bandidos de la  
 Serrania de Ronda.

## ZARZUELAS.

ca y Medoro.  
 de buena ley.  
 mas feo.  
 es y cuchilladas.  
 ina la Gitana.  
 o y marie.  
 y Flora.  
 anando.  
 Mariquita.  
 risauto, ó el Alcalde pro-  
 or.  
 ascenal.  
 Miller.  
 trino.  
 ayo de una ópera.  
 esero y la maja.  
 ro del hortelano.  
 ta y en Marnreos.  
 a en la ratonera.  
 os de carnaval.  
 rio (drama lirico.)  
 tilfon de la Rioja (*Música.*)  
 onde de Letorieres.  
 ndo á escape.  
 itan español.  
 meta.  
 mbre feliz.  
 allo blanco.  
 gial.  
 mo mono.  
 mer, vuelo de un pollo  
 Pinto y Valdemoro.  
 gnetismo... janimal  
 fa de la calle Mayor.  
 astas del oro.

El mundo nuevo !  
 El hijo de D. José.  
 Entre mi mujer y el primo.  
 El noveno mandamiento.  
 El juicio final.  
 El gorro negro.  
 El hijo del Lavapiés.  
 El amor por los cabellos.  
 El mndo.  
 El Paraiso en Madrid.  
 El elixir de amor.  
 El sueño del pescador.  
 Giralda.  
 Harry el Diabolo.  
 Juan Lanas. (*Música.*)  
 Jacinto.  
 La lintera del Oidor.  
 La noche de animas.  
 La familia nerviosa, ó el suegro  
 omnibus.  
 Las bodas de Juanita. (*Música.*)  
 Los dos flamantes.  
 La modista.  
 La colegiala.  
 Los conspiradores.  
 La espada de Bernardo.  
 La hija de la Providencia.  
 La roca negra.  
 La estátua encantada.  
 Los jardines del Buen retiro.  
 Loco de amor y en la corte.  
 La venta encantada.  
 La loca de amor, ó las prisiones  
 de Edimburgo.

La Jardinera. (*Música.*)  
 La toma de Tetuan.  
 La cruz del valle.  
 La cruz de los Humeros.  
 La Pastora de la Acairria.  
 Los herederos.  
 La pupila.  
 Los pecados capitales.  
 La gitanilla.  
 La artista.  
 La casa roja.  
 Los piratas.  
 La señora del sombrero.  
 La mina de oro.  
 Mateo y Matea.  
 Moreto. (*Música.*)  
 Matilde y Malek-Adhel.  
 Nadie se muere hasta que Dios  
 quiere.  
 Nadie toque á la Reina.  
 Pedro y Catalina.  
 Por sorpresa.  
 Por amor al prójimo.  
 Petuquere y marqués.  
 Pablo y Virginia.  
 Retrato y original.  
 Tal para cual.  
 Un primo.  
 Una guerra de familia.  
 Un cocinero.  
 Un sobrino.  
 Un rival del otro mundo.  
 Un marido por apuesta.  
 Un quinto y un sustituto.

# PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

## PROVINCIAS.

<i>Albacete.</i>	R. S. Perez.	<i>Lugo.</i>	Viuda de Pujol.
<i>Alcoy.</i>	J. Marti.	<i>Mahon.</i>	P. Vinent.
<i>Alicante.</i>	J. Gossart.	<i>Malaga.</i>	J. G. Taboadela y P. de Moya
<i>Alueria.</i>	Alvarez Hermanos.		M. Pisanas.
<i>Avila.</i>	S. Lopez.	<i>Manila (Filipinas).</i>	S. Clavell.
<i>Badajoz.</i>	F. Coronado.	<i>Matayo.</i>	T. Guerra y Herederos de Andrien.
<i>Barcelona.</i>	Viuda de Bartumeus y Cerdá.	<i>Murcia.</i>	J. Ramon Perez.
	E. Delmas.		J. Martinez.
<i>Bilbao.</i>	T. Arnaiz y A. Hervias.	<i>Orense.</i>	Peralta y Menendez.
<i>Burgos.</i>	H. G. Perez.	<i>Oviedo.</i>	P. J. Gelabert.
<i>Caceres.</i>	Verdugo y Compania.	<i>Palencia.</i>	J. Rios.
<i>Cadiz.</i>	F. Maria Poggi, de Santa Cruz de Tenerife.	<i>Palma de Mallorca.</i>	J. Buceta Solla y Comp.
<i>Canarias.</i>	J. Mellado y Orcajada.	<i>Pamplona.</i>	J. A. Rafoso.
	J. M. de Soto.	<i>Pontenedra.</i>	J. Mestre, de Mayaguez.
<i>Cartagena.</i>	P. Acosta.	<i>Puerto de Sta. Maria.</i>	J. Prius.
<i>Castellon.</i>	M. Garcia Lovera.	<i>Puerto-Rico.</i>	R. Huebra.
<i>Ciudad-Real.</i>	J. Lago.	<i>Reus.</i>	
<i>Cordoba.</i>	M. Mariana.	<i>Salamanca.</i>	I. Garralda.
<i>Coruna.</i>	J. Giuli.	<i>Sanlúcar.</i>	Miguel Ruano.
<i>Cuenca.</i>	N. Taxonera.	<i>San Sebastian.</i>	B. Escribano.
<i>Ectja.</i>	F. Dorca.	<i>Santander.</i>	L. M. Salcedo.
<i>Ferrol.</i>	Crespo y Cruz.	<i>Santiago.</i>	F. Alvarez y Comp.
<i>Gerona.</i>	J. M. Fuensalida y vinda ó Hijos de Zamora:	<i>Segovia.</i>	F. Perez Rioja.
<i>Gyon.</i>	R. Onana.	<i>Sevilla.</i>	V. Font.
<i>Granada.</i>	N. Cebillos.	<i>Tarragona.</i>	F. Baquedano.
	J. P. Osorno.	<i>Teruel.</i>	J. Hernandez.
<i>Guadalajara.</i>	R. Guillen.	<i>Toledo.</i>	I. Garcia, F. Navarro y Mariana y Sanz.
<i>Habana.</i>	J. Perez Fluixá.	<i>Valencia.</i>	D. Jover y H. de Rodrigz
<i>Huelva.</i>	F. Alvarez de Sevilla.		J. Oquendo.
<i>Huesca.</i>	Minon Hermano.	<i>Valladolid.</i>	V. Fuertes.
<i>Jativa.</i>	M. Balespi.	<i>Vitoria.</i>	L. Ducassi, J. Comin y Comp. y V. de Heredia.
<i>Jerez.</i>	P. Briebe.	<i>Zamora.</i>	
<i>Leon.</i>		<i>Zaragoza.</i>	
<i>Lerida.</i>			
<i>Logroño.</i>			

## MADRID.

Librerías de la VIUDA É HIJOS DE CUESTA, y de MOYA Y PLAZA, calle de Carretre; de A. DURAN, Carrera de San Gerónimo; de L. Lopez, calle del Carmen, y de M. ESCRIBANO, calle del Príncipe.